


<http://dx.doi.org/10.18232/20073496.1568>

Artículos

Un cuarto de siglo de historia digital en historia económica en América Latina

A quarter century of digital history in Latin American economic history

Carlos Eduardo Valencia-Villa¹ *  0000-0002-3832-7506¹ Universidad Federal Fluminense, Río de Janeiro, Brasil.* Correspondencia: cvalencia@id.uff.br

Resumen. Este artículo ofrece un panorama sobre la historia digital en la historia económica en América Latina durante el siglo XXI. Para ello, se construyó una muestra con 4 160 textos procedentes de congresos, revistas y directorios web. La información fue clasificada según periodos, espacios y temas abordados. Los resultados muestran que el análisis de redes sociales y los sistemas de información geográfica en la historia dominan las prácticas digitales. También se constata que la participación de la historia digital representa apenas el 2 y 6 % de la producción en historia económica. Su desarrollo es, por tanto, limitado. Más aún, investigadores en solitario o en binomio la aplican con mínimas interacciones. La hipótesis que explica la situación se sustenta en tres factores: la falta de entrenamiento tecnológico, el desinterés metodológico y la estructura institucional de financiamiento. Cada uno de ellos es verificado empíricamente. Finalmente, se concluye que la inercia de estos factores mantendrá las mismas condiciones en los próximos años.

Palabras clave: historia digital; recursos digitales; indicadores económicos; investigación y desarrollo; innovación.

Abstract. This paper provides an overview of Digital History in Latin American Economic History during the 21st century. To this end, a sample of 4 160 texts from conferences, journals, and web directories was compiled. The information was classified according to periods, spaces, and topics addressed. The results

CÓMO CITAR: Valencia-Villa, C. (2026). Un cuarto de siglo de historia digital en historia económica en América Latina. *América Latina en la Historia Económica*, 33(1), e1568. <https://doi.org/10.18232/20073496.1568>



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional

show that social network analysis and geographic information systems in History dominate digital practices. It also shows that Digital History accounts for only 2 % to 6 % of Economic History production. Its development is therefore limited. Furthermore, individual researchers or pairs of researchers apply it with minimal interaction. The hypothesis explaining this situation is based on three factors: lack of technological training, methodological disinterest, and institutional funding structure. Each of these factors is verified empirically. Finally, it is concluded that the inertia of these factors will maintain the same conditions in the coming years.

Key words: digital history; digital resources; economic indicators; research and development; innovation.

JEL: N01; N96; O33; O54.

Recibido: 17 de febrero de 2025.

Aceptado: 11 de julio de 2025.

Publicado: 16 de enero de 2026.

Agradecimiento: Quiero agradecer a Daniel Alves, Angelo Carrara, Massimiliano Grava, Rafael Laguardia, James Torres, Martín Wasserman y a los dos evaluadores anónimos por sus comentarios y críticas.

INTRODUCCIÓN

Al comienzo de la década de 1990 cuando se tenía que usar un computador para cálculos complejos o con un volumen apreciable de datos era necesario buscar un inmenso aparato que se encontraba en un edificio construido sólo para él. También era común que se tuvieran que dejar parámetros o líneas específicas de programación para que los funcionarios del edificio las cargaran y volver en unas horas, o al otro día, para recibir mazos de páginas con los resultados.

Un par de años después, para cálculos semejantes, bastaba usar los computadores de las salas de informática y, de un momento para otro, comenzaron a aparecer en las casas los computadores personales. Algunos programas se popularizaron y otros desaparecieron. Aquellos más comunes se volvieron más rápidos, con mayor capacidad de procesamiento y más facilidad de uso. Como desenlace, a mediados de esa década muchas de las actividades de los centros de cómputo e informática saltaron a las salas de las casas.

Casi todo era posible hacerlo sin ir hasta los antiguos edificios especializados. Incluso Internet, que a comienzo de los noventa era sólo para máquinas de las redes de las universidades u organismos públicos, también pasó a ser usado desde el propio domicilio. Eran las épocas caóticas de la web, sin buscadores precisos y con páginas llenas de colores y luces, pero también eran los tiempos de la euforia con la red. Windows aún no era hegemónico, pero gradualmente se iba transformando en un monopolio.

Esta historia, contada de esta forma, parece un cuento idílico del avance lineal en la incorporación de la tecnología. Sin embargo, no fue el caso, sobre todo en la investigación en las humanidades y, aún menos, en historia. La tecnología no fue abrazada; por el contrario, los computadores que pasaban a los hogares y la Internet que conectaba usuarios no tenían ese alcance entre los historiadores. Por paradójico que parezca, mientras lo digital se volvía más y más masivo, los profesores e investigadores en la década de 1990 menos y menos interés prestaban a esa tecnología.

El avance no fue lineal: algunos buscaron en los computadores e Internet recursos para sus investigaciones, pero la gran mayoría, sobre todo la formada por profesores establecidos con más riesgos derivados de la innovación, se creó el discurso de que la tecnología era una moda, un tipo de eufemismo que reducía el alcance intelectual de los que la usaban.¹

A pesar de esa posición, han sido muchas las investigaciones en historia que han apelado al uso de tecnologías.² Por lo tanto, la pregunta es ¿cómo se pasó de una mayoría desinteresada y reticente a finales del siglo xx a, dos décadas después, tener investigaciones consolidadas? La respuesta que presentamos es que tal vez esto no haya ocurrido, ya que las mayorías continúan desinteresadas y reticentes, aunque, probablemente, no siendo tan explícitas, mientras unos pocos continúan apoyándose en la tecnología.

Nos concentramos en lo que va del siglo xxi, por eso vale la pena un rápido recuento de lo que ocurrió antes, en la segunda mitad del siglo xx, cuando el vínculo entre tecnología e investigación emergió. Entre 1950 y 1980 los computadores estaban restringidos a organismos centrales estatales, inmensas empresas y los institutos de ciencias de las universidades, por este motivo, el desarrollo de equipos y programas se restringieron a esos ámbitos. Esta restricción comenzó a ser quebrada en la década de 1980, cuando surgieron empresas que se orientaban a la venta de computadores para el mercado, lo que ensanchó la tecnología en la sociedad, pues estos se distribuyeron masivamente (Waters, 2017).

Inmediatamente a seguir, al final de la década de 1990, el control de esas empresas fue colocado en entredicho, pues los mismos usuarios pasaron a crear, modificar, alterar y distribuir soluciones, para lo cual apelaron, aunque subvirtiendo, a las estructuras y protocolos montados en las épocas del control estatal y corporativo, al mismo tiempo en que desarrollaron sus propios objetos (sobre todo lenguajes y entidades) (Southall et al., 2009). En este contexto es que se publican, en la década de 2000, las primeras investigaciones en historia que usaban de forma sistemática soluciones digitales, es decir, que sus formas de indagar, registrar, agregar y explorar los datos, así como los procesos de cálculo, análisis o visualización se hacían mediante la tecnología. Por ese camino, Gregory y Healy (2007) montaron un balance de trabajos que usaban explícitamente sistemas de información geográfica en historia (Historical GIS, fue la expresión usada) y casi enseguida Bastian, Heymann y Jacomy (2009) presentaron el programa Gephi para la incorporación del análisis de redes sociales en la historia, en los dos casos, los computadores eran esenciales para la investigación.³

Esta participación esencial de los computadores en la investigación histórica remite a la delimitación de lo que se entiende por historia digital. Se trata de un conjunto de prácticas en las que la construcción de la información se hace a partir de un conjunto de datos (cuantitativos, textuales, imágenes, sonidos) (Wevers et al., 2022) que son procesados, explorados y generalmente visualizados en masa a través de la tecnología. También, implica tener claro la contextualización de esa

¹ No es el interés polemizar con las posiciones que asumen que las tecnologías en humanidades son una moda. Partimos del hecho que lo digital hace parte de la vida cotidiana (Alves, 2014).

² Entre muchos ejemplos de investigaciones se pueden citar, en orden cronológico de publicación, la de Berman (2005) sobre la organización administrativa China en el último milenio, la de Travis (2013) sobre el poscolonialismo en el siglo xx a partir de la literatura, la de Gribaudi (2014) sobre la historia urbana de París decimonónico, la de Vivo (2019) sobre circulación de información en el siglo xvii o el balance general preparado por Vasques Filho (2022).

³ En este cuarto de siglo son muchos más los trabajos desarrollados. Sin embargo, no es aún un momento de consolidación, como lo han propuesto Lafreniere et al. (2019, p. 2), tal vez la incorporación de la tecnología en la investigación en historia está en la adolescencia, con realizaciones para mostrar, pero, también, está llena de promesas, dudas, reticencias y cuestionamientos.

estructura de datos, así como sus límites y los vínculos entre ellos, esto es, saber hasta dónde llegan esos datos, de dónde provienen y cómo se han cruzado para producir la información que analiza cada investigación. Esta información, procesamiento, análisis y visualización sólo es posible a través de computadores y, por lo tanto, las hipótesis, resultados y conclusiones de las investigaciones se derivan directamente de la interacción con la tecnología, esto es, no son posibles fuera de ella (Romein et al., 2020, pp. 8-14).

Esta es la forma canónica en que se entiende la historia digital y así es como será empleada en este texto. Por lo tanto, en este balance se considera que una investigación hace parte de la historia digital si las explicaciones ofrecidas son resultado del uso de programas de computación. En otras palabras, no se trata de que la historia digital sea un método (aunque lo sea), ni una matriz de conceptos (aunque los tenga), ni un nuevo campo de objetos de estudio (aunque hayan emergido nuevos objetos), ni una forma de comunicar y presentar resultados (aunque visualizaciones, webs y narrativas no lineales hagan parte de este mundo).

No son estas cosas (métodos, conceptos, objetos o resultados) las que definen a la historia digital (Alves, 2016), pues los investigadores que operan en esta perspectiva tienen orígenes (metodológicos, disciplinarios, epistemológicos, geográficos e ideológicos) diferentes, lo que redundará en que no sea posible circunscribirlos ni definir cuáles son los métodos, conceptos, objetos y resultados de la historia digital. En otras palabras, sus límites son flexibles y casi indeterminados (Romein et al., 2020). Esta flexibilidad permite que la historia digital sea una comunidad de prácticas y no una corriente, escuela o grupo historiográfico.

Aunque los límites sean flexibles es posible definir lo que no es historia digital. Esta exclusión comienza por los trabajos que emplean hojas de cálculo, pues la mayoría de ellos no son de historia digital. Las planillas de Excel o de Google son omnipresentes y soportan casi todo el peso de la historia que tiene que hacer algún cómputo. Estas dos compañías (Microsoft y Google) monopolizan el uso de estas herramientas y han impuesto, se puede decir, una estética para gráficos y tablas. Sin embargo, no por el hecho de usar las planillas se está en la historia digital, pues lo común es que el volumen de datos sea relativamente pequeño (comparado con la capacidad de procesamiento de la tecnología) y más importante aún, que las inferencias o deducciones de los investigadores sean ilustradas por las planillas, pero no derivadas del uso de esta tecnología.

Otra exclusión es que, aunque la historia digital en ocasiones está cercana a los métodos cuantitativos es pertinente diferenciar estos métodos de la propia historia digital. Gregory y Geddes (2014) han llamado la atención sobre este asunto. Ellos caracterizan a los datos tradicionales como aquellos con los que comúnmente se realizaron, y realizan, series o cuantificaciones. Esta perspectiva de tradicional es lo que se contrapone con lo digital, pues la tecnología facilita el cómputo (ya no son necesarias horas en la calculadora o dibujando a mano los gráficos), pero no se dan interacciones entre investigadores y máquinas que conducen a los resultados. En pocas palabras, en la perspectiva tradicional, el computador es una calculadora más rápida.

De esto se colige que regresiones lineales o métodos econométricos tampoco son historia digital. Aunque algunos autores (Greasley y Oxley, 2010) han señalado que gracias a los computadores la cantidad de investigaciones que usan regresiones ha crecido e incluso postulan que las matrices teóricas se han expandido como consecuencia de ese aumento, esto parece más una exageración que una realidad, pues como Eloranta, Ojala y Valtonen (2010) verificaron, la abundancia de cálculos efectuados con computadores no ha expandido las hipótesis históricas de forma relevante. Esto es, que estos métodos también asumen (como en el caso general de los métodos cuantitativos) que el computador es sólo una calculadora más rápida.

Caso diferente al de investigaciones que emplean el *optical character recognition* (OCR). Esta es una tecnología que se aplica a la lectura y procesamiento digital de documentos, por lo tanto, podría decirse que cuando empleada se está en la historia digital, pues permite montar e indexar inmensos conjuntos de fuentes, además de procesarlos y verificar sus resultados, al mismo tiempo en que contribuye a diseminar y preservar de forma digital los archivos (Carlson et al., 2023). No obstante, sin negar lo anterior, también es común que se emplee como si fuese una herramienta analógica, ya que se sólo se opera un cambio en el formato de soporte de la información, es decir, a veces se asume que no existe diferencia entre los archivos que aparecen en las pantallas de los que aparecían en papel. Como lo ha explicitado Grava, se trata del uso reduccionista de la tecnología (Grava, 2016). Este caso parece especialmente sensible con el advenimiento de tecnologías como Transkribus, pues puede ser que una herramienta digital sea reducida, en su uso cotidiano, a una herramienta analógica.

Siendo así, la historia digital no es sólo una cuestión de computadores o programas, pues plantillas, regresiones, OCR o Transkribus no son elementos que por sí solos permitan encuadrar una investigación como digital. De lo que se trata es de lo que se hace con esos computadores y programas. Si un conjunto de fuentes fue procesado por computadores, el análisis de esas fuentes a través de la tecnología permitió proponer hipótesis, generar argumentos o encontrar evidencias que no existían antes del uso de esa tecnología, en ese caso, se trata de una práctica digital. Pero, si por el contrario se usaron los computadores para procurar unos elementos específicos en las fuentes sin que estos elementos hayan traído postulados nuevos y no evidentes antes del empleo de la tecnología, si los datos se procesaron en un computador que fue operado igual que una calculadora (pero más rápida) y si los gráficos y tablas sólo ilustran los resultados adquiridos por otros medios, se trata de a una práctica tradicional.

Las prácticas digitales, entendidas de esa forma, las hemos clasificado en siete tipos: acervo y preservación digital; análisis de redes sociales en historia (H-ARS); desarrollo y empleo de bancos de datos compartidos; historia pública; empleo de *big data*, datos abiertos o metadatos; programación y sistemas de información geográfica en historia (HSIG). Estas son las prácticas tecnológicas aplicadas a la investigación, esto significa que estos siete ámbitos por sí solos no producen investigación, ellos son aplicados, son prácticas dentro del trabajo del investigador, en otras palabras, no son temas, objetos, marcos ni métodos.

Como se mencionó hace unas páginas, nos concentramos en lo que va del siglo XXI y tenemos la pregunta sobre el cambio de una mayoría explícitamente desinteresada y reticente al uso de la tecnología en la historia al surgimiento de un conjunto de prácticas digitales en la historiografía. Nuestra hipótesis es que tal cambio no ocurrió, pues la mayoría continúa sin interés y rechaza la incorporación de la tecnología.

Además, este balance se circunscribe a dos ámbitos: historia económica y América Latina. La elección de la historia económica es derivada del interés personal. Es el tipo de historia que conozco y en la que puedo comprender hasta dónde se ha llegado en la historia digital. Pero como no es posible, o por lo menos no es factible, reconstruir la historia en general, también se puede argumentar que es probable que la historia económica sea un indicador para entender los derroteros de lo digital dentro de esa historia en general. Por supuesto, es sólo un parámetro y tal vez otros tipos de historia hayan tenido mayores dinamismos digitales.

En este ámbito es importante entender hasta dónde la historia económica, por su condición de intersección, hace más parte de la historia que de la economía o si es al contrario. Es decir, si es un indicador para saber en qué está la historia en general o si lo es para aproximarse a la economía.

Para Margo (2018), en el caso de Estados Unidos, a partir de los años 2000, la historia económica se vincula más a la economía que a la historia. Pero, por los datos de Fernández de Pinedo et al. (2023, p. 7), no fue este el caso europeo, donde el vínculo con la historia se ha mantenido.

Esta diferencia entre Estados Unidos y Europa nos lleva al otro criterio usado en este texto, la selección de investigaciones sobre América Latina, pues para esta región no hemos encontrado reportes semejantes a los de Margo (2018) y Fernández de Pinedo et al. (2023), es decir, no sabemos hasta dónde la historia económica de América Latina se ha vinculado más con la economía o con la historia o si continúa equilibrándose en la intersección entre esas disciplinas.

Este silencio sobre la región también se registra en los balances sobre la historia digital. Lo común son reportes sobre Estados Unidos y en ocasiones sobre Europa. Por ejemplo, la reciente publicación de Beach y Hanlon (2023) que emplea herramientas digitales para aproximarse a fuentes digitalizadas se ha concentrado casi que exclusivamente en investigaciones en Estados Unidos y alguna que otra mención al Reino Unido. La exclusión de América Latina en esa publicación es curiosa, pues existen inmensos conjuntos documentales digitalizados en el continente. Otro ejemplo es el balance publicado por Romein et al. (2020) que sólo consultó textos en inglés.

Los autores de estos balances no dan justificaciones para la elección por país o por idioma (que es casi lo mismo) de sus muestras. Esta justificación es necesaria, pues genera un enorme sesgo en las muestras. Sería atrevido sugerir que la exclusión de otros lugares o lenguas fue derivada del perjuicio que la historia digital sólo ocurre en inglés o en Estados Unidos e Inglaterra, más atrevido sería pensar que se deriva de la falta de conocimiento de otros idiomas. Sea como sea, para completar el panorama se ofrece este texto.

Aquí se propone un balance de la historia digital en América Latina, entendida como un conjunto de prácticas en la historia económica en lo que va corrido del siglo *xxi*. Para tal efecto se ha montado una muestra, que se explica en el punto dos de este texto (el punto uno ha sido esta introducción). Luego, en el punto tres se explora el panorama general de la historia económica en América Latina y también se abordan específicamente los elementos (temas, periodos, lugares y frentes) investigados por la historia digital. A continuación, en el punto cuatro, se propone una hipótesis que pretende explicar el devenir y la situación actual de la historia digital que tal vez sea aplicable más allá de la historia económica. Por último, el quinto punto, enfatiza los hallazgos y la interpretación propuesta.

DATOS, MUESTRA Y PANORAMA GENERAL

Este balance fue construido a partir de una muestra de la historiografía económica en el siglo *xxi*. El año 2000 es el punto inicial; aunque resulte arbitrario, se tomó porque es cuando aparecen algunas de las primeras investigaciones en historia económica de América Latina con prácticas digitales.⁴ El punto final es 2024, cuando se escribe este texto.

Los documentos seleccionados para la muestra provienen de tres frentes complementarios: directorios web, congresos y revistas. Se asume que entre ellos cubren la mayor parte del universo de divulgación de las investigaciones y no son redundantes, esto es, probablemente lo que aparece en uno no está en los dos restantes.

⁴ Un ejemplo de estos primordios fue la tesis doctoral de Studnicki-Gizbert (2001). Allí se usaron sistemas de información geográfica en historia y análisis de redes sociales para investigar el siglo *xvii*.

Para emplear directorios web como muestra se pueden tomar dos caminos. Por un lado, recurrir a ellos como bancos de datos constituidos y explorarlos a través de herramientas bibliométricas. Por otro lado, consultar los directorios que recogen textos en historia económica y con ellos construir los bancos de datos. Se ha tomado esta segunda opción, empleando Ideas de RePEc,⁵ que por su amplitud geográfica y de idiomas, así como por su gran tamaño, parece apropiado para observar las publicaciones sobre América Latina en historia económica.

Al tomar esta segunda opción también nos hemos mantenido lejos de la primera, la de métodos bibliométricos, a la manera que los emplean Diebolt y Hauptert (2018), entre otros, en los que sin la necesidad de lectura directa de los textos se construyen series a partir de índices, códigos y referencias de citación. Estos métodos son una tentación, pues, además de “ahorrar” tiempo suprimiendo la lectura, se tiene la idea que se están “empleando” miles de textos, lo que permite construir largas series de tiempo y cruces entre variables. Sin embargo, esto parece más un eufemismo. Además, conlleva el riesgo de perder un número importante de publicaciones que no se auto rotulan como historia digital, al mismo tiempo en que se pueden colocar dentro de la muestra textos que se autodeclaran en historia digital, pero que no tienen nada o muy poco de prácticas digitales.

Debido a esos riesgos se prefirió leer cada texto. En el caso de los referenciados en Ideas RePEc, se efectuó una búsqueda por palabras que sugerían una posible investigación en historia digital y posteriormente todos los que coincidieron fueron leídos. Después, cuando de hecho se refería a historia digital, lo hemos catalogado como verificado (véase gráfica 1).

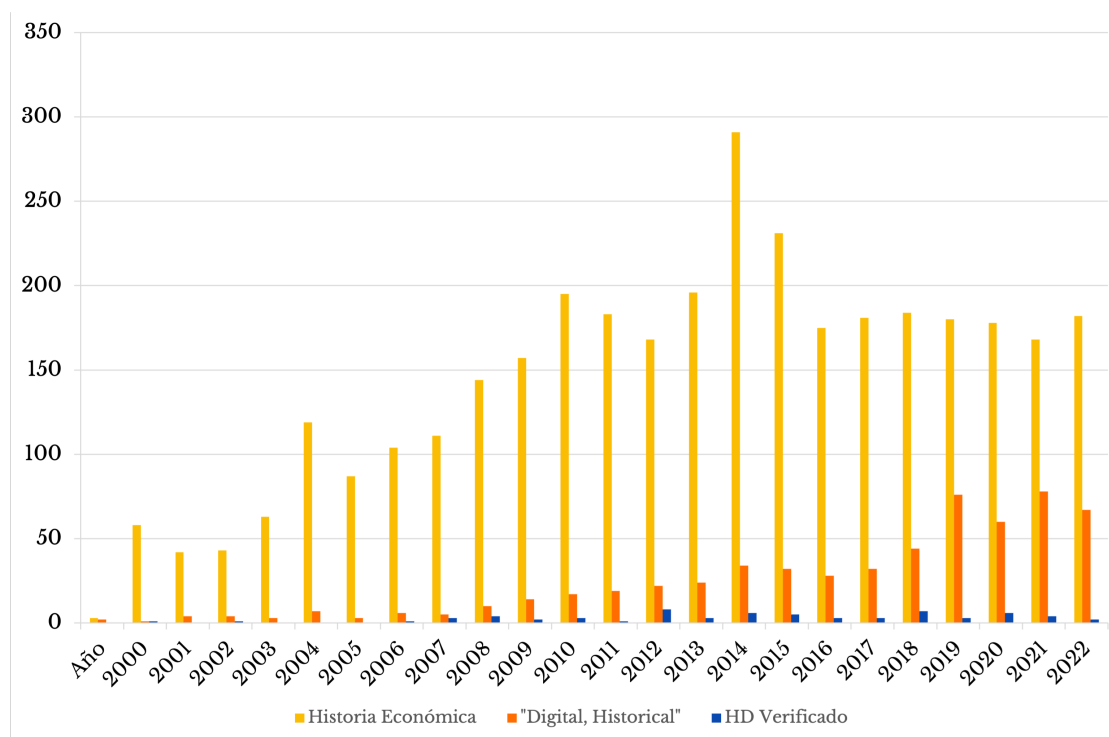
Para el segundo origen de textos se siguió el método de Baten y Muschallik (2010) (2012). Consiste en leer, una a una, todas las ponencias presentadas en las ediciones del Congreso Latinoamericano de Historia Económica (en adelante CLADHE). El primero de ellos fue en 2007 y a la fecha en 2024 (véase gráfica 2). El congreso de 2024, realizado en diciembre en Montevideo no hace parte de este análisis por ser posterior al momento en que se redacta este texto.

Uno de los esfuerzos más difíciles fue encontrar las ponencias presentadas en estos congresos (CLADHE), pues en varios de ellos no se dejaron disponibles en las webs del evento, por lo tanto, fue necesario localizarlos uno a uno según la programación. A pesar del esfuerzo, no todas las ponencias fueron localizadas. En el CLADHE-II de México (2009) no se encontraron 138 trabajos de los 377 programados; y en el CLADHE-III de Bariloche (2012) fueron 425 los no disponibles de 511. Estos dos fueron los casos más dramáticos. Si se piensa con cuidado, estas omisiones en 2009 y 2012 son un buen indicador de los cambios en la historia digital en América Latina, pues refleja cuál era la idea del trato y preservación que debían recibir los documentos.

En el CLADHE-I, en Montevideo (2007), se publicaron las 447 ponencias programadas. Luego vinieron los dos CLADHE mencionados en el párrafo anterior (2009 y 2012) en que se no disponibiliza un tercio y más de tres cuartos respectivamente. Pero, en el siguiente, CLADHE-IV Bogotá (2014), se colocaron todos los 456 textos. Para São Paulo (CLADHE-V 2016) y Santiago (CLADHE-VI 2019) fueron 67 y 15 documentos no encontrados de 619 y 545 trabajos a ser presentados respectivamente. En 2022 (Lima, CLADHE-VII), los no encontrados fueron 226 de 454 de la programación. Este último número alto es consecuencia de lo reciente que fue el congreso y la falta de tiempo para que los trabajos sean publicados en otros medios, sobre todo revistas.

⁵ <https://ideas.repec.org/>

Gráfica 1. Cantidad de textos disponibilizados sobre historia económica, “digital, historical”, y con historia digital verificado en RePEc/Ideas, 2000-2023



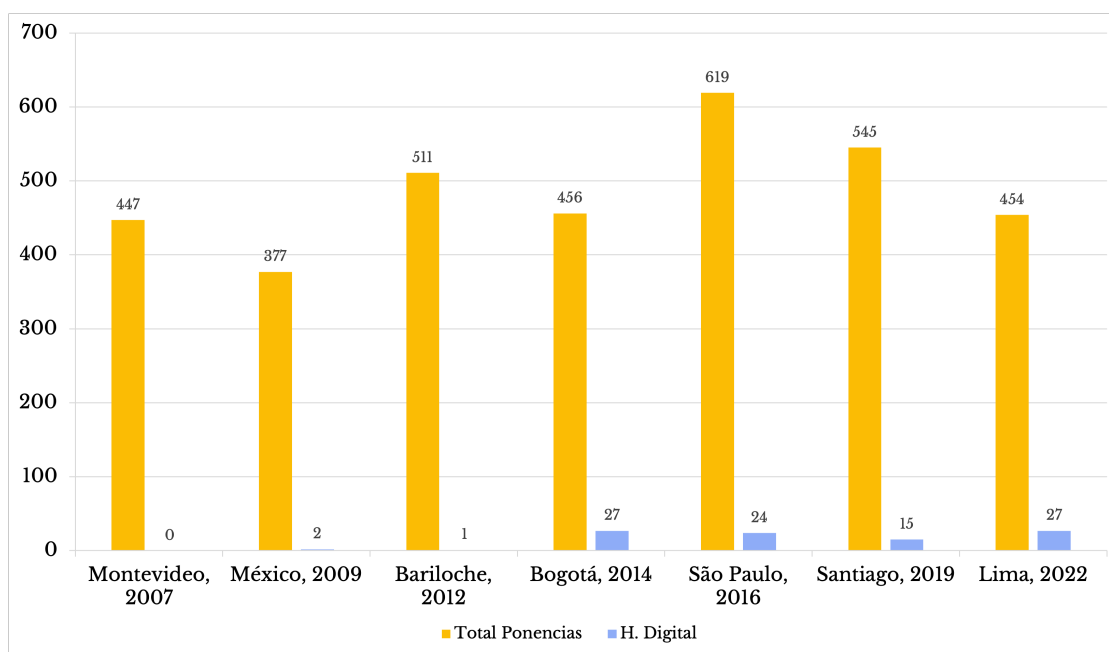
Fuente: elaboración propia.

Si se comparan las tendencias generales de historia económica en Ideas RePEc (véase gráfica 1) con los CLADHE (véase gráfica 2), se encontrará que en 2016 coinciden los máximos. Luego de este año se dio una reducción con alguna estabilidad. Esto contrasta con las tendencias de los congresos y encuentros de la Asociación Brasileña de Pesquisadores en historia económica (ABPHE) entre 2009 y 2020 (véase gráfica 3). En este caso, en la década de 2010 la tendencia de caída es evidente, por lo tanto, no acompaña el movimiento ni en América Latina ni mundial. Es probable que las dinámicas políticas específicas de la asociación brasileña, que están correlacionadas con el escenario político electoral, expliquen en parte el comportamiento.

Pero, incluso en el evento de Humanidades Digitales Rio de Janeiro (HDRio), evento internacional con sede en Río de Janeiro dedicado sólo a las humanidades digitales y sin vínculo partidario, también se encuentra una reducción de trabajos en historia, pues en 2018 (primer HDRio) fueron 20 investigaciones y en 2020 fueron sólo trece. Esto sugiere que la caída brasileña puede ser más general y sus causas pueden ser más amplias. Otra investigación podría detenerse en el caso específico de Brasil.

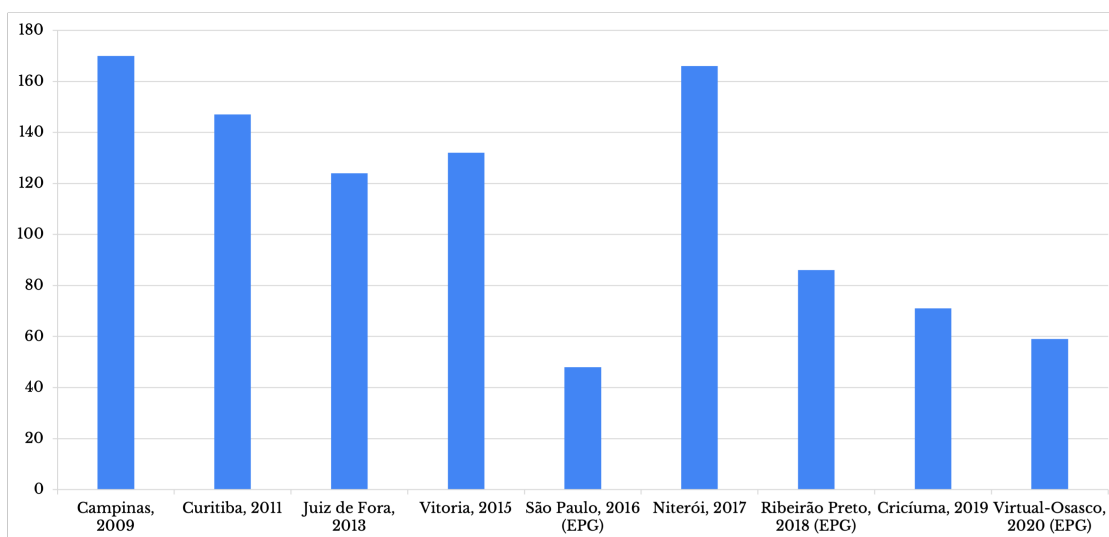
El tercer frente para completar la muestra fueron todos los artículos publicados en la revista *América Latina en la historia económica* (ALHE) entre los años de 2000 y 2023 (véase gráfica 4). La revista tiene la posibilidad de captar investigaciones que no tienen referencia en Ideas RePEc y que no participaron de los congresos latinoamericanos. A diferencia de las tendencias de Ideas

Gráfica 2. Cantidad de ponencias presentadas y de ponencias con historia digital en el CLADHE, 2007-2022



Fuente: elaboración propia.

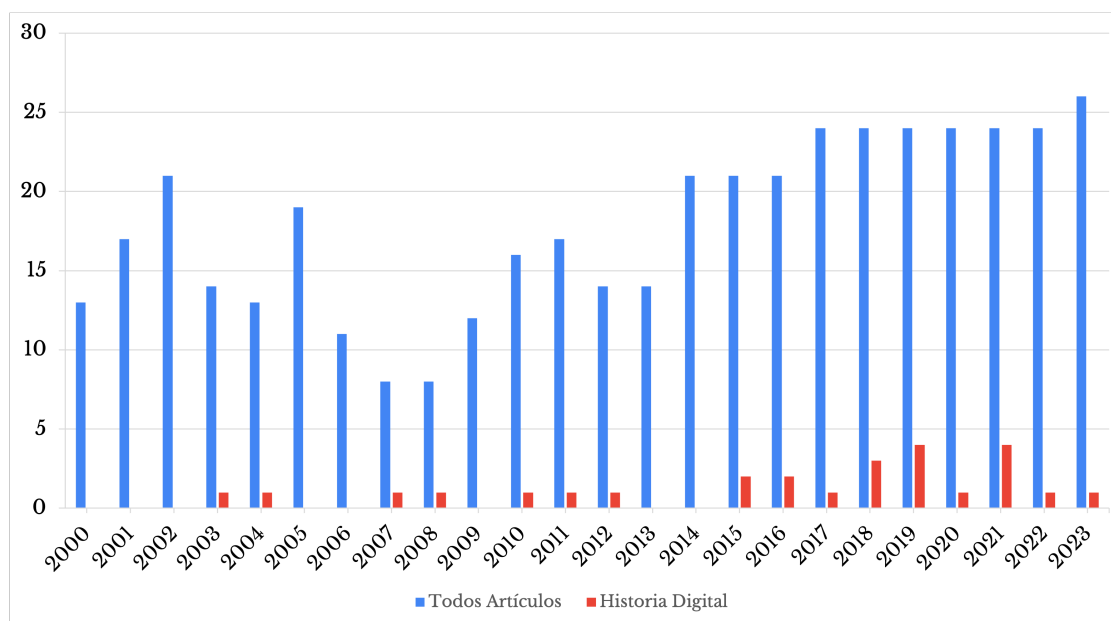
Gráfica 3. Cantidad de ponencias presentadas en los encuentros y congresos de historia económica en Brasil, 2009-2020



Fuente: elaboración propia.

RePEc y de los CLADHE, con máximos en 2016 y una posterior reducción, la revista *ALHE* a partir de 2015 tiene un movimiento consistente de crecimiento en publicaciones. Esta revista se eligió para la muestra por ser una de las de mayor alcance en la región, al mismo tiempo que su base es México (lo que ayuda a contrastar la asociación brasileña citada) y se dedica sólo a la historia económica, entendida como estudios desde el periodo colonial hasta el contemporáneo.

Gráfica 4. Cantidad de artículos publicados y artículos en historia digital en *ALHE*, 2000-2023



Fuente: elaboración propia con datos de *ALHE*, años 2000-2023.

En total se leyeron 4 160 textos para elaborar la muestra. Este número se distribuye de la siguiente forma: 430 artículos de *ALHE*, 974 ponencias (de 1 003 que estaban programadas, con 29 no disponibles) de los congresos y encuentros de la Asociación Brasileña (ABPHE), 33 presentaciones de HDRio, 2 657 trabajos de los CLADHE (de un total de 3 528 que aparecen en los programas, con 871 no localizados) y 66 documentos que respondieron al criterio de *historia digital verificado* de Ideas RePEc.

Una muestra de 4 160 textos parece adecuada, tanto por ser una cantidad considerable para el periodo de 2000 a 2023 como por los orígenes diversos, pues provienen de una revista especializada con base en México, de un conjunto de eventos en Brasil, del universo completo de los congresos latinoamericanos y de los documentos referenciados en un directorio internacional. En términos del muestreo, la información es representativa.

Por las diferencias en las cantidades de cada tipo de origen que compone la muestra (artículos de revista, ponencias de congresos y documentos referenciados en la web) no parece conveniente agregarlos para construir una única serie de tiempo que presente la diacronía de la historia económica en el continente.

Dicho esto, es posible comparar las series de las gráficas 1 a 4 para observar (aunque no sea el objetivo de este texto) la tendencia en historia económica en el continente. Se puede percibir que desde el comienzo de siglo hasta el 2016 todas las series aumentaron –con la excepción de Brasil que tiene una especificidad ya comentada–, luego, a partir de 2017, hay movimientos no del todo consistentes entre las series. En el caso de Ideas RePEc hay estabilidad, mientras que existe una tendencia de reducción en los CLADHE y una tendencia de incremento en la revista *ALHE*. ¿Por qué esta inconsistencia? Otras investigaciones podrían ofrecer hipótesis, dejando claro que en los últimos 25 años la historia económica en el continente ha crecido, aunque en los últimos diez años haya pasado por oscilaciones o por una estabilización.

¿Cuánto representan estos 4 160 textos de la historia económica en América Latina? En otras palabras, ¿cuál es el volumen de investigaciones en el continente? Si se considera Ideas RePEc como base, lo que se encuentra es que sólo en 2023 se referenciaron 182 documentos. Este fue el número promedio desde 2017. En la revista *ALHE* se encuentran 24 artículos publicados por año de 2017 a 2022 y en 2023 se pasó a 26 artículos. A estos números se le pueden agregar la revista *Tiempo y Economía* de Bogotá, que en 2023 publicó 18 artículos,⁶ ese fue el promedio en los últimos años. En ese año en Brasil se publicaron 27 artículos en *História Econômica & História de Empresas*.⁷ La *Revista Uruguaya de historia económica (RUHE)*⁸ pasó a ser la *Revista historia económica de América Latina (RHEAL)*, antes de ese cambio publicaba unos cuatro o cinco textos por año. El *Journal of Iberian and Latin American Economic History*⁹ publicó 16 artículos, nueve de ellos sobre América Latina. En resumen, estas cinco revistas, de lugares diferentes, pero concentradas en historia económica de América Latina, pueden ofrecer unos 80 artículos al año (en 2023 fueron 85). Por su parte en el CLADHE se presentan unas 440 ponencias en promedio a cada tres años, es decir, con un indicador anual de 145 trabajos.

Por lo tanto, corriendo todos los riesgos de agregar estos datos (revistas, CLADHE y una fracción de Ideas RePEc) se puede proponer como número de referencia 250 publicaciones anuales en historia económica de América Latina. Si se acepta este número, se infiere que, en este cuarto del siglo XXI, se han lanzado unos 6 000 documentos. De ser así, la muestra llega a 70 % de ellos (69.3 %). Es probable que este índice de 6 000 cambie, dependiendo de los cálculos e inferencias, pero esa variación, probablemente, no será tan sustancial como para reducir el alcance de la muestra.

DESCRIPCIÓN DE LA HISTORIA DIGITAL EN HISTORIA ECONÓMICA DE AMÉRICA LATINA

¿Cuál es la diacronía de la historia digital en la historia económica? La gráfica 5 resume las muestras empleando como índice el porcentaje de participación. La curva más alta es la de *ALHE*. En la primera década del siglo, en los años de 2003, 2004, 2007 y 2008 se publicó un artículo en historia digital por año. Esta publicación de eventuales textos anuales se mantuvo hasta 2014, pero en el lustro siguiente (2015-2019) se vivió algún dinamismo al ser publicados doce artículos. Luego, ese dinamismo se estabiliza y se regresa (2020-2023) a un texto anual, pero en 2021 se sale de ese

⁶ <https://revistas.utadeo.edu.co/index.php/TyE/localMetrics>

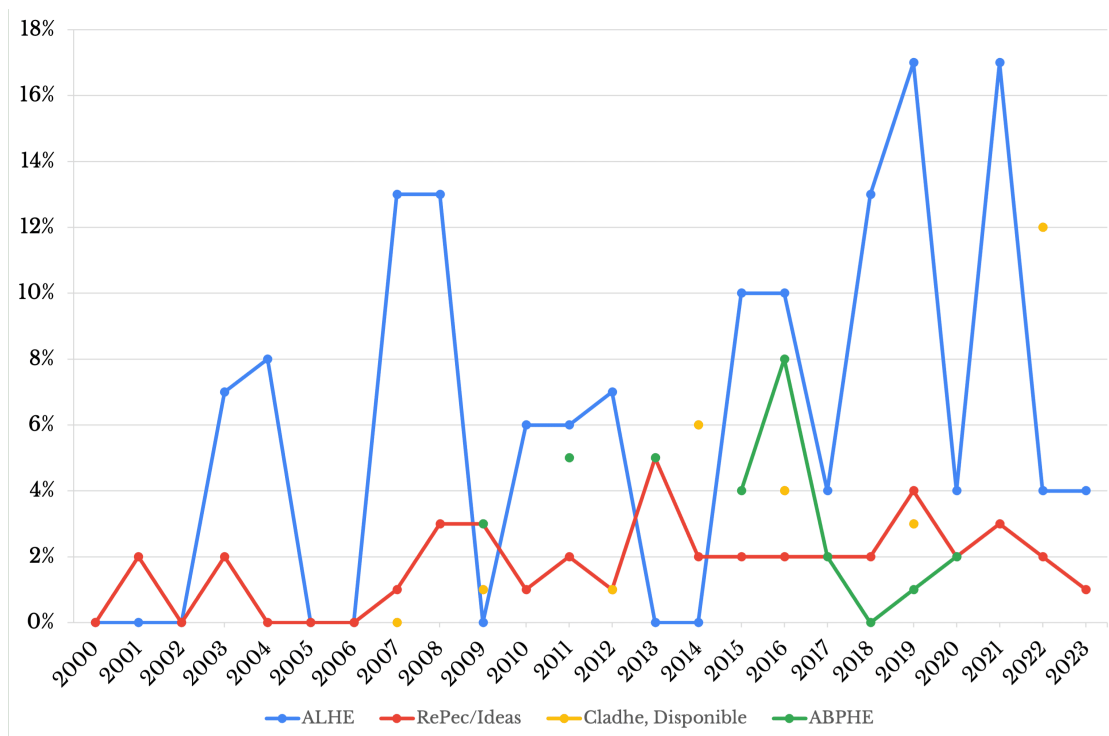
⁷ <https://www.hehe.org.br/index.php/rabphe/issue/view/59>

⁸ <https://www.audhe.org.uy/publicaciones/revista.html>

⁹ <https://www.cambridge.org/core/journals/revista-de-historia-economica-journal-of-iberian-and-latin-american-economic-history#>

promedio al publicar cuatro documentos, probablemente se trata de investigaciones desarrolladas tres o cuatro años antes, años en que se registraron los máximos en Ideas RePEc y CLADHE. En síntesis, en *ALHE* el promedio anual de artículos en historia digital es seis por ciento.

Gráfica 5. Participación de textos en historia digital, 2000-2023



Fuente: elaboración propia.

En los CLADHE se presentaron 84 ponencias en historia digital (véase gráfica 2). Los datos desagregados son: Montevideo (2007) ninguna, México (2009) y Bariloche (2012) dos y una respectivamente. El gran empuje fue Bogotá (2014) con quince trabajos, a los que se siguieron 24 en São Paulo (2016), que se redujeron en Santiago (2019) a quince, pero de nuevo aumentaron al llegar a 27 en Lima (2022). Es en estos datos sobre los CLADHE que se crea la imagen de una expansión de la historia digital, con número siempre en ascenso. Sin embargo, cuando se relativizan por la cantidad de trabajos presentados en cada evento, el optimismo disminuye, pues en promedio sólo 4 % de las ponencias han implementado elementos digitales.

En el caso de los congresos de la ABPHE, el promedio ha sido de 3 %, pero, con la diferencia respecto a los CLADHE, que el máximo ocurrió en 2016 con 8 % (en parte derivado de la reducción total de trabajos en ese año) y luego la caída. Igual de pequeña es la visión desde los datos de Ideas RePEc, pues la participación de la historia digital sobre la historia económica fue de 2 %. Desde 2014 (cuando se dio el máximo de ocho *papers*) aparecen, en media, sólo unos cuatro documentos por año en este directorio.

Con toda probabilidad, las prácticas digitales en la historia económica en América Latina oscilan entre 2 y 6 % del total de las investigaciones. Este es un porcentaje bajo, pues incluye todo tipo de investigaciones, desde trabajos de alumnos que participan de congresos hasta textos consolidados que se publican en revistas especializadas. Es difícil saber si es un porcentaje bajo en comparación con otros contextos, pues no tenemos indicadores de la participación de la historia digital en la historia económica europea, estadounidense o asiática.

Sin embargo, en 2003, primer año en que se puede establecer la relación de América Latina en el total, fue un texto para el continente y cuatro en total (véase gráfica 1). Diez años después, en 2013, la relación era de ocho para América Latina frente a 22 en total, pero este fue un año atípico. Por ese motivo es mejor observar 2012 y 2014, con relaciones de uno a 19 y de tres a 24 respectivamente. Esto significa que en los diez años posteriores a 2003 se pasó de una relación de 0.25 para una con promedio de 0.18. Por lo tanto, una caída moderada. Pero, en 2023 la relación fue de dos textos en América Latina para 67 en total, un índice de 0.03. En 2022 la situación fue análoga, con 0.05. En la década de 2020 el promedio ha sido de 0.06. Por lo tanto, la reducción ha sido drástica. A esto se le debe agregar que, en el contexto internacional la historia económica se estabilizó a partir de 2017, mientras que la historia digital continúa creciendo, por lo tanto, su peso relativo está en aumento en otros contextos diferentes a América Latina (véase gráfica 1).

En la muestra, de los 4 160 textos que la componen, 113 respondieron a los criterios para ser clasificados como historia digital, esto es 2.7 %. Porcentaje que se encuentra dentro de la estimación del peso de estas prácticas en la historia económica de América Latina. De este total, 84 fueron presentados en los CLADHE, otros 27 artículos fueron publicados en *ALHE* y dos estaban referenciados en Ideas RePEc.

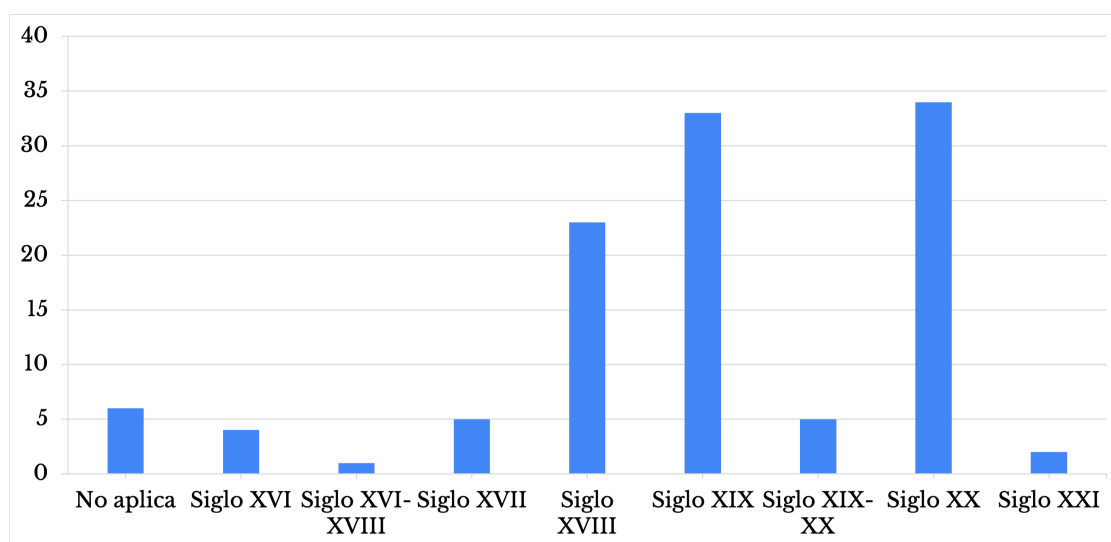
La gráfica 6 muestra los periodos estudiados por estos 113 documentos de la muestra. Como se aprecia, a medida que se estudian periodos más recientes se incrementan las prácticas digitales. Se debe notar que no hay trabajos en historia económica en historia digital para épocas prehispánicas, a seguir sólo fueron cuatro investigaciones para el siglo XVI, a estos se les sumó una que abarcó del siglo XVI al XVIII, concentradas sólo en el siglo XVII fueron cinco, para el siglo XVIII la cantidad aumenta y llega a 23 documentos, en el siglo XIX el número sigue en ascenso alcanzando 33, a las que se les agregan cinco que analizaron el arco temporal del XIX al XX, el máximo número se encuentra en el siglo XX con 34 textos, mientras que para el siglo XXI hay dos casos. Esta tendencia se correlaciona con los periodos de interés de los historiadores y economistas, los primeros más concentrados en la época moderna y los segundos en el mundo contemporáneo.

En cuanto al espacio territorial investigado, lo común es que se trabaje con áreas preestablecidas, es decir, que no sean áreas que la propia investigación delimita. Por ejemplo, son frecuentes las historias nacionales, es decir que el espacio está determinado por las fronteras del país. Estos ejercicios son tan recurrentes que parece obvio hacerlo de esa manera.

Veamos un ejemplo entre muchos. Un estudio de Bruno Seminario y Luis Palomino (2022) que se presentó en el CLADHE de Lima se ocupó en estimar el PIB por regiones peruanas, a partir de la información de luminosidad tomada por satélite. El estudio se consideró de práctica digital ya que el tratamiento de estas imágenes permitió la estimación. Ahora bien, las imágenes fueron recortadas para que encajaran dentro de la frontera nacional, es decir, es un ejemplo de límites espaciales establecidos antes de la investigación.

Otros estudios buscan escapar a esa restricción (fronteras nacionales, estatales o regionales) a través de análisis transversales en el espacio. Esto ocurre de dos formas. Una, vinculando dos espacios diferentes, por ejemplo, el H-ARS de Bruno Aidar (2019) busca comprender la adjudicación

Gráfica 6. Cantidad de investigaciones según sus periodos de estudio en historia digital



Fuente: elaboración propia.

de contratos por la corona portuguesa en las capitanías brasileñas, para esto relaciona diferentes capitanías y reinos que no eran necesariamente adyacentes. La otra forma es mediante estudios transversales en el espacio, por ejemplo, Bátiz-Lazo y González-Correa (2021) indagan la participación femenina en las Fintech de América Latina, como parte del ejercicio exploran datos abiertos y realizan análisis de organizaciones e individuos que sobrepasan un único país.

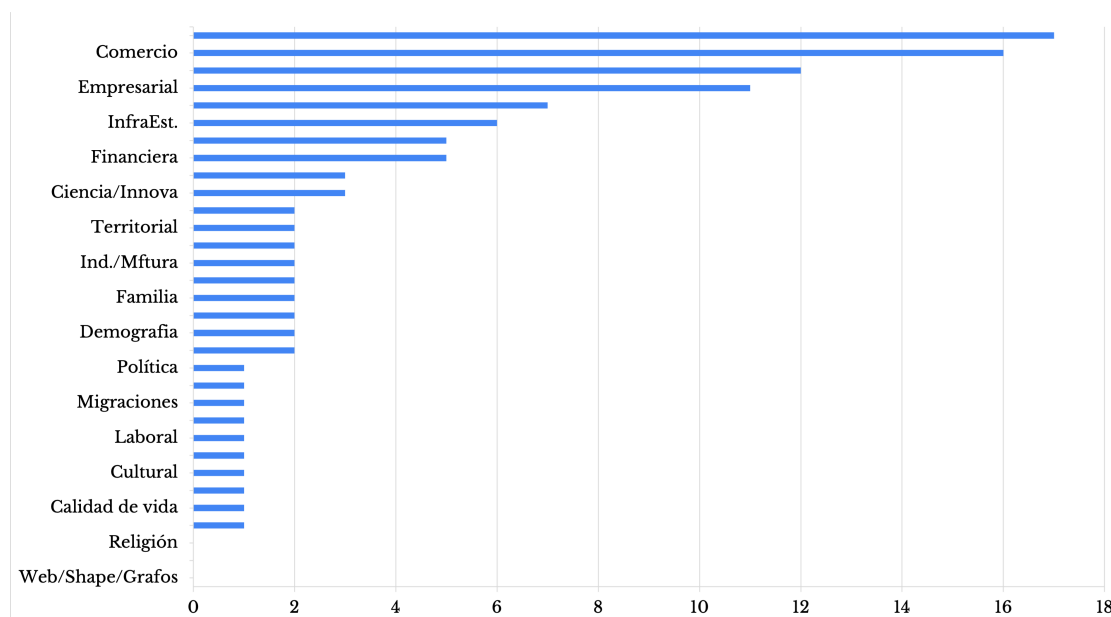
Lo corriente es que se asuma que el espacio es preexistente o anterior a la investigación, pues se trata con países o capitanías, o con departamentos o estados, o elementos por el estilo. Esta visión tradicional está tan arraigada que pocas veces es cuestionada y, lo más paradójico, lleva a que sea frecuente que las fuentes sean recortadas para encajarlas en ese espacio sea, como en los casos anteriores, al cortar una imagen para descartar lo que está “afuera” del límite nacional, o colocando en países diferentes a individuos que pueden ser vecinos pero que los separa una frontera o contratos que sobrepasan las regiones brasileñas.

Se puede suponer que estas formas tradicionales no están equivocadas, pues podrían ser elecciones metodológicas. Así, a lo sumo se les podría sólo criticar que no permiten intercambios de escalas espaciales. No obstante, como lo ha propuesto De Vitto (2019), esta tradición lleva a que, de hecho, las aproximaciones a la microhistoria, la historia conectada o a la historia global sean más fórmulas retóricas que investigaciones en esos marcos, ya que no es posible la variación de escala. Dicho esto, también se podría pensar que si no se apela para esos tres marcos (microhistoria, historia conectada e historia global) no hay mayor inconveniente en mantenerse en el método tradicional, al asumir la definición del espacio como anterior a la investigación.

La cuestión es que, como lo explica Hansen (2015), al no permitir que el problema u objeto a ser estudiado defina el espacio, lo que ocurre es que no se está entendiendo su historicidad, pues todo objeto de investigación en historia es un objeto espacio-temporal (no sólo temporal). Este tipo de no historicidad es recurrente en la historia económica de América Latina y aparece, incluso, en algunos estudios con prácticas digitales.

Sobre los temas investigados, se debe afirmar que, en principio, no hay ninguno que no pueda ser abordado a través de prácticas digitales. Para este texto se han definido 32 clases, de ellas, han aparecido 29 en la muestra (véase gráfica 7). La historia agraria aparece con 17 trabajos, es la que más acumula estudios; a seguir, están la historia del comercio con 16, historia urbana con doce e historia empresarial con once. El primer y tercer lugar de agraria y urbana, respectivamente, se derivan del uso de HSIG y el segundo y cuarto lugar, historia del comercio e historia empresarial, respectivamente, por el uso del H-ARS.

Gráfica 7. Temas de investigación en historia digital en América Latina



Fuente: elaboración propia.

Los dos temas con HSIG se derivan de la relación explícita entre el objeto estudiado, agro o ciudad, con el espacio, por lo tanto, que los investigadores apelen a estos ámbitos de la historia digital es una consecuencia de lo explícito que es el espacio. Más o menos lo mismo ocurre con la historia del comercio y la historia empresarial que, por la naturaleza de lo estudiado, remite a entender las redes sociales en las que estaban los agentes.

Tres temas preestablecidos: historia militar, historia de la religión y disponibilidad o construcción de webs, grafos o *shapefiles* no tuvieron ningún estudio en la muestra. Los dos primeros de estos tres casos pueden ser consecuencia del poco interés en la historia económica de América Latina por los elementos militares o religiosos, lo que termina desdoblándose en la escasez en historia digital. Ahora bien, el tercer caso, la falta de interés por construir o publicar páginas web, *shapefiles* o grafos, parece ser un rasgo preocupante, pues que en 25 años no se hayan registrado ni artículos, ni ponencias, ni documentos sobre este asunto es inquietante y sólo puede ser explicado de dos formas. O bien, por un lado, fueron tan pocos las investigaciones en estos asuntos que no lograron aparecer en el muestreo o, por otro lado, los investigadores que realizaron esos trabajos

no los publicaron, o no se les permitió publicarlos. Probablemente la respuesta sea el resultado de pocos trabajos realizados que con frecuencia no son divulgados y que en los raros casos en que se intentaron publicar terminaron siendo rechazados.

Que no se efectúen –o no se publiquen– investigaciones de este tipo es un síntoma del conservadurismo historiográfico en América Latina, pues considerar que trabajos que montan webs, construyen *shapefiles* o arman grafos no sean, por sí solas, susceptibles de ser objetos de investigación –o de publicación– legítimos es una postura conservadora, ya que el único argumento para no publicarlos (dando por descontada la calidad) es que esos trabajos no se encajan en los formatos tradicionales.

Temas que por lo menos no son nulos, como los anteriores, pero que sólo registraron una única investigación en estos 25 años son: historia ambiental, historia de la calidad de vida, cooperativismo, historia cultural, economía popular, historia del trabajo, lingüística, historia de las migraciones, plataformas de historia pública e historia política. Algunos de estos casos, como historia cultural o historia política, se explican por no ser propiamente cruces comunes con la historia económica, otros porque no son de estudio frecuente, como el cooperativismo o la economía popular, pero otros deberían tener mayor cantidad de investigaciones, pues sus objetos sugieren el uso de prácticas digitales, como la historia de las migraciones o la historia ambiental.

¿Cuáles son los ámbitos específicos en la historia digital en la historia económica en América Latina? En la gráfica 8 aparecen las cantidades de trabajos clasificados según las siete clases que se definieron en la introducción. El acervo y preservación digital sólo tiene un texto. De nuevo, como ocurrió con las investigaciones sobre web, *shapefiles* y grafos, este número muestra un fuerte conservadurismo, pues debería ser bastante clara la importancia de los archivos digitales. En un reciente artículo Julia Laite (2020) comentó esta relevancia, así como su impacto en las formas de hacer historia, lo que lleva a pensar que debieron ser muchas más de una investigación (la única registrada en la muestra) que emplearon documentos digitales, pero no se citaron apropiadamente estas fuentes. ¿Por qué no se citaron? Sólo se puede especular para responder, pero que no se citen abiertamente o que no se presenten las reflexiones sobre cómo construir acervos digitales y sus alcances, es consecuencia de una posición conservadora, pues ¿cuál sería el problema de citar que una investigación se ha efectuado con archivos digitales?

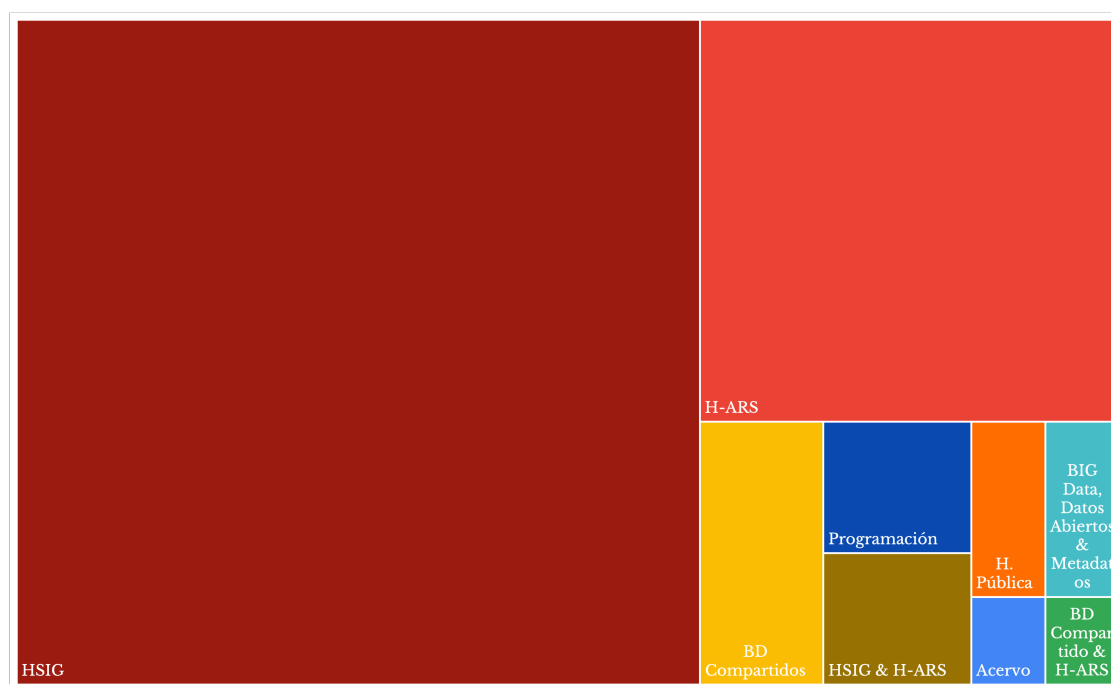
Esta falta de citación, o empleo, trae como corolario que el esfuerzo por construir colecciones digitales ha llevado al paradójico efecto que los historiadores no los usan o no los citan. Igual ocurre con la tecnología OCR (Beach y Hanlon, 2023), pues los historiadores tampoco dejan explícito que la han usado. ¿Por qué no es explícito su empleo? O, ¿de hecho no se emplea?

Un caso semejante es el de la historia pública, mientras que en diferentes lugares se experimenta un rápido incremento de este tipo de trabajos, en América Latina sólo se registraron dos textos. Se trata, como lo ha recordado Halstead (2022, p. 236), de un tipo de historia más ecuménica, diversa y anárquica, pues participan miles o millones de personas, cada una de ellas con sus historias, métodos y fuentes, lo que comúnmente resulta en un alejamiento de los historiadores académicos.

En la opinión de Fraser Raeburn, Lisa Baer-Tsarfaty y Viktoria Porter (2022) el mayor proyecto de historia pública, por el número de usuarios, probablemente sea AskHistorians¹⁰ llegando –en agosto de 2024– a los 2.1 millones (en el momento que Raeburn, Baer-Tsarfaty y Porter

¹⁰ <https://www.reddit.com/r/AskHistorians>

Gráfica 8. Clases de historia digital en América Latina



Fuente: elaboración propia.

publicaron su artículo (2020/2022) eran 1.8 millones de usuarios). Sólo se consiguen estos volúmenes por tratarse de una plataforma en línea con una rígida política de participación y una moderación bastante dinámica.

Este crecimiento ha terminado por generar algún vínculo en Estados Unidos entre los grupos de personas que participan de la historia pública y los historiadores oriundos de la vida académica profesional. Este vínculo puede ser a través del simple diálogo, pero también, porque se han creado programas institucionales dentro de las universidades para generar esa interacción y, además, por la búsqueda de equiparación entre la investigación académica y los métodos en la historia pública (Romein et al., 2022, p. 215). A juzgar por los números de nuestra muestra, nada de esto parece llamar mucho la atención de los historiadores profesionales en América Latina.

Con millones de usuarios y con millones de páginas en los acervos digitales, la cuestión remite a los megadatos y a los llamados *big data*. De nuevo, este también parece un asunto alejado de los historiadores en América Latina, pues sólo hay dos textos en la muestra que trabajaron con estos materiales. Se debe dejar claro que no se trata de aquellos casos en que se toman datos estadísticos publicados y se analizan con herramientas econométricas, pues estos casos son abundantes, pero no hacen parte de las prácticas digitales y esos datos no llegan a las cantidades ni tiene la forma de los *big data*.

Como Shawm Graham, Ian Milligan y Scott Weingart mostraron (2016), los *big data* modifican la investigación histórica porque, si lo tradicional era que los historiadores construyeran sus hipótesis y argumentos a partir de fragmentos generalmente mínimos de la realidad, que les era posible explorar en sus fuentes; en la actualidad, el problema es, al contrario, pues se tiene una

inmensa cantidad de información que sólo puede ser analizada por computadores. Como hace 20 años Rosenzweig (2003) lo mencionó, la época en que los historiadores partían de la premisa de escasez acabó, para darle paso al desafío de la abundancia. La cuestión es que parece que la mayoría no se ha dado cuenta o prefiere no darse cuenta.

Por ejemplo, con la abundancia de fuentes con que se cuenta en la actualidad sólo es percibir las interacciones entre personajes específicos mediante el H-ARS, tal y como lo han mostrado los mismos Graham, Milligan y Weingart (2016) o, otro ejemplo, como Jack Owens (2007) comentó, los vínculos entre agentes y sus espacios son sólo posibles de ser descubiertos a través del procesamiento por computador (HSIG) o, incluso, sólo se pueden vincular grandes conjuntos de fuentes con algoritmos digitales (Carrara et al., 2018).

Igual de raras de encontrar son las investigaciones que usen directamente programación de computadores, pues sólo tres textos dejan constancia de esa práctica. Aunque es probable que algunas investigaciones en historia digital hayan recurrido a algún tipo de solución que pasó, puede que tangencial o directamente, por la adaptación de programas de computador, ya que lo corriente es que estos programas no hayan sido desarrollados para historiadores y precisan de modificaciones (Arnold et al., 2009).

El empleo de bancos de datos compartidos también es uno de los casos minoritarios entre los tipos de historia digital. Sólo se han presentado seis textos con datos compartidos en un cuarto de siglo. Número mínimo para ese periodo de tiempo, pero aún más inquietante es que de estos seis, tres fueron de Fernando Jumar, que los presentó entre 2004 y 2022, todos sobre comercio en el siglo XVIII. Es decir, un único autor concentra la mitad de las investigaciones que comparten datos.

Así, compartir, por lo menos los datos, en el mejor de los escenarios, sólo llega al 5 % de las investigaciones. Esta es una constatación importante para entender la dinámica de las prácticas digitales en América Latina y una pista también para entender la historiografía del continente, pues no se comparten ni los bancos de datos.

Este es el panorama de las prácticas minoritarias en historia digital. Las mayoritarias son el análisis de redes sociales en historia (H-ARS) y los sistemas de información geográfica en historia (HSIG). Así, cuando se está hablando del mundo digital en América Latina se está hablando sobre estas dos vertientes, la primera, con 23 % de participación y la segunda con 62 por ciento.

El análisis de redes sociales es una práctica conocida entre los historiadores. Parte del presupuesto que se comprende el comportamiento de los agentes según su interdependencia, es decir, por sus vínculos e interacciones con otros. Estas interacciones no tienen que ser necesariamente directas, pues pueden –en mayor o menor grado– influirse mutuamente sin estar necesariamente conectadas. Siendo así, es posible determinar grupos de agentes, modelos de comportamiento, condiciones de influencia o de influenciar a otros y otra infinidad de características que, en última instancia, describen la estructura social. Sobre este asunto hay una inmensa bibliografía (Butts, 2009; Marsden y Hollstein, 2023; Molina, 2001; Morgan et al., 1997), pero, para nuestros fines se debe resaltar que el H-ARS sólo es posible a través de las prácticas digitales (Etxabe y Valdaliso, 2025).

Los sistemas de información geográfica en historia (HSIG), por su parte, tienen el objetivo de integrar el espacio al análisis histórico, esto es, entender cómo el derrotero histórico de agentes e instituciones está delimitado e influenciado por las condiciones espaciales en que se encuentran. Esta relación entre el espacio y las instituciones y agentes es tan fuerte que no se puede prescindir de ella para comprender el devenir histórico, por lo tanto, para algunos investigadores, los HSIG

no serían una práctica digital semejante a las otras, pues, según esta posición, no debería ser una elección del investigador usar el espacio, ya que está siempre presente e influenciando el derrotero histórico.

No precisamos entrar en el debate si los HSIG deberían ser una práctica general o restringirse a las prácticas digitales. Para este texto, se deben seguir los criterios adoptados en la introducción para definir historia digital. De ellos se colige que HSIG hace parte de este universo (Valencia, 2017). También, como el H-ARS, HSIG tiene una extensa literatura (Alves y Queiroz, 2015; Bodenhamer et al., 2010; Gregory, 2002, 2010).

Estos dos últimos, H-ARS y HSIG, sumados equivalen al 85 % de la historia digital en la historia económica de América Latina, por lo tanto, su hegemonía es innegable. Aunque se debe resaltar que HSIG es casi tres veces mayor que el H-ARS. Esta preponderancia del procesamiento espacial no es una peculiaridad de América Latina, pues en otros contextos también ocurre (Bodenhamer et al., 2010, p. 8).

Como ya se comentó, en 2014 la historia digital comenzó a ganar peso en América Latina, esto fue consecuencia de que H-ARS fue preponderante en el CLADHE IV de Bogotá, con ocho ponencias en historia empresarial. De esas ocho, cinco estaban concentradas en una única mesa de trabajo, lo que induce a pensar que era un grupo cerrado, pero, además, fue ocasional, pues en los siguientes años este grupo no estuvo presente. Lo que ha llevado a que H-ARS haya venido decayendo, teniendo sólo dos trabajos en el CLADHE VII de 2022.

Esta constatación sobre H-ARS en el CLADHE IV coloca en perspectiva el dato que la historia empresarial sea el cuarto tipo de tema en la historia digital en la historia económica, pues de los once trabajos que componen la muestra en estos 25 años sobre este tema, cinco eran en una mesa y ocho (que incluyen a estos cinco) fueron en un único congreso, esto es, que no se trata de una práctica digital que se desarrolló a lo largo del siglo XXI, pues fue un caso eventual.

Por su parte, HSIG aumentó su número en 2016 y fue ese aumento lo que generó el pico de la historia digital en ese año. Además, las oscilaciones en las cantidades de HSIG son las que determinan las oscilaciones del conjunto de la historia digital. En ese año (2016), de los quince trabajos en HSIG, catorce fueron presentados en el CLADHE V de São Paulo. De estos, trece estaban concentrados en una única mesa. Se repite, así, lo que ocurrió con H-ARS en 2014, con las investigaciones en un único simposio.

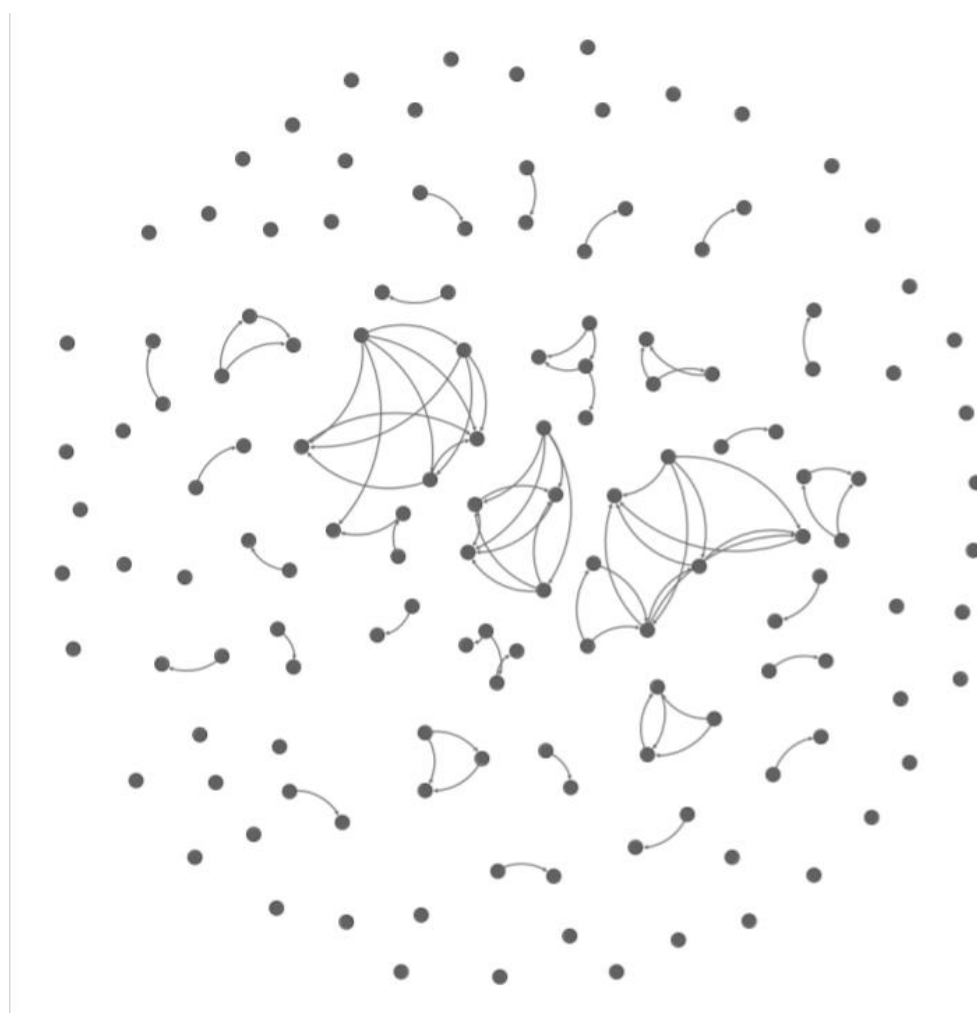
Ser formada por grupos cerrados parece ser una característica de la historia digital en América Latina, lo que es una paradoja, pues en las prácticas digitales se hace énfasis en compartir. Como ya se comentó, en América Latina no se comparte nada, ni los datos y como se acaba de ver, tampoco los simposios. Esto lleva a las cuestiones: ¿cómo caracterizar a la historia digital en el continente?, ¿es un silo?¹¹ Y, más allá de los números y tendencias presentados, pero sin desconocerlos ¿la historia digital crece, está estable o en caída?

¹¹ El término *silo* es usado como imagen. Un silo digital es entendido como un conjunto de datos aislados que son empleados por fuera de la estructura general y al que sólo algunos agentes tienen acceso. Esta imagen revela la percepción que proponemos sobre la historia digital en el continente.

REDES, LOCALIZACIÓN E HIPÓTESIS SOBRE LA HISTORIA DIGITAL EN AMÉRICA LATINA

La característica central de la historia digital en América Latina es que los autores trabajan solos, de forma individual y aislada. Este es un fenómeno general, pero que aparece con contundencia en las prácticas digitales. La coautoría no es un fenómeno corriente en América Latina. En la muestra se identifican 137 autores, algunos de ellos aparecen en varias ocasiones, al participar de varios congresos o ser ponentes y autores de artículos. De estos, 54 siempre en solitario, lo que representa casi 40 % de la autoría. Otros 40 tuvieron trabajos en pares sin tener algún otro trabajo con otro conjunto, esto significa 30 % de la autoría. De esta forma, 70 % de las investigaciones es efectuado por investigadores que trabajan solos o con un único colega (véase gráfica 9).

Gráfica 9. Red de coautoría de investigación en historia digital en América Latina



Fuente: elaboración propia.

Además, quince autores aparecen en tríos sin participación en otros grupos, otros ocho están en dos pequeños conjuntos de cuatro que, aunque no investigaron juntos en un cuarteto, han estado vinculados entre ellos. Por último, aparecen tres pequeñas redes, una con cinco integrantes, otra con siete autores y la última con ocho investigadores.

En términos de los textos, el máximo de coautoría fueron cinco investigadores juntos. Dos de estos en ponencias presentadas en el CLADHE VII de Lima en 2022 y la otra en el CLADHE V de São Paulo en 2016. En los artículos en *ALHE*, la coautoría se reduce a un máximo de tres investigadores.

Trabajar en solitario, o con uno o con dos colegas, incluso con tres investigadores, no es un catalizador de la historia digital. Todo lo contrario, ya que se tiene que operar con grandes cantidades de información, con instrucción en el uso de computadores, con tiempo para procesar y validar hipótesis y, sobre todo, con la práctica de dialogar y compartir, lo anterior sólo es posible si se interactúa en grupos mayores.

Esta propensión a no abrirse a grupos mayores no es una característica exclusiva de la historia digital en América Latina, parece ser un rasgo general del campo de la historia. Según los datos de Ó Gráda (2020, p. 8), levantados a partir de la revista *Past & Present*, lo que se publica es casi siempre de un único autor. En comparación, por el mismo levantamiento de Ó Gráda, a partir del año 2000 la coautoría (con tres o más autores) comienza a prevalecer entre los economistas. Mientras tanto, la historia económica se encuentra a mitad de camino entre estos dos casos (historiadores y economistas), pues desde el año 2000 la coautoría crece, pero sin llegar a la participación que tiene entre los economistas.

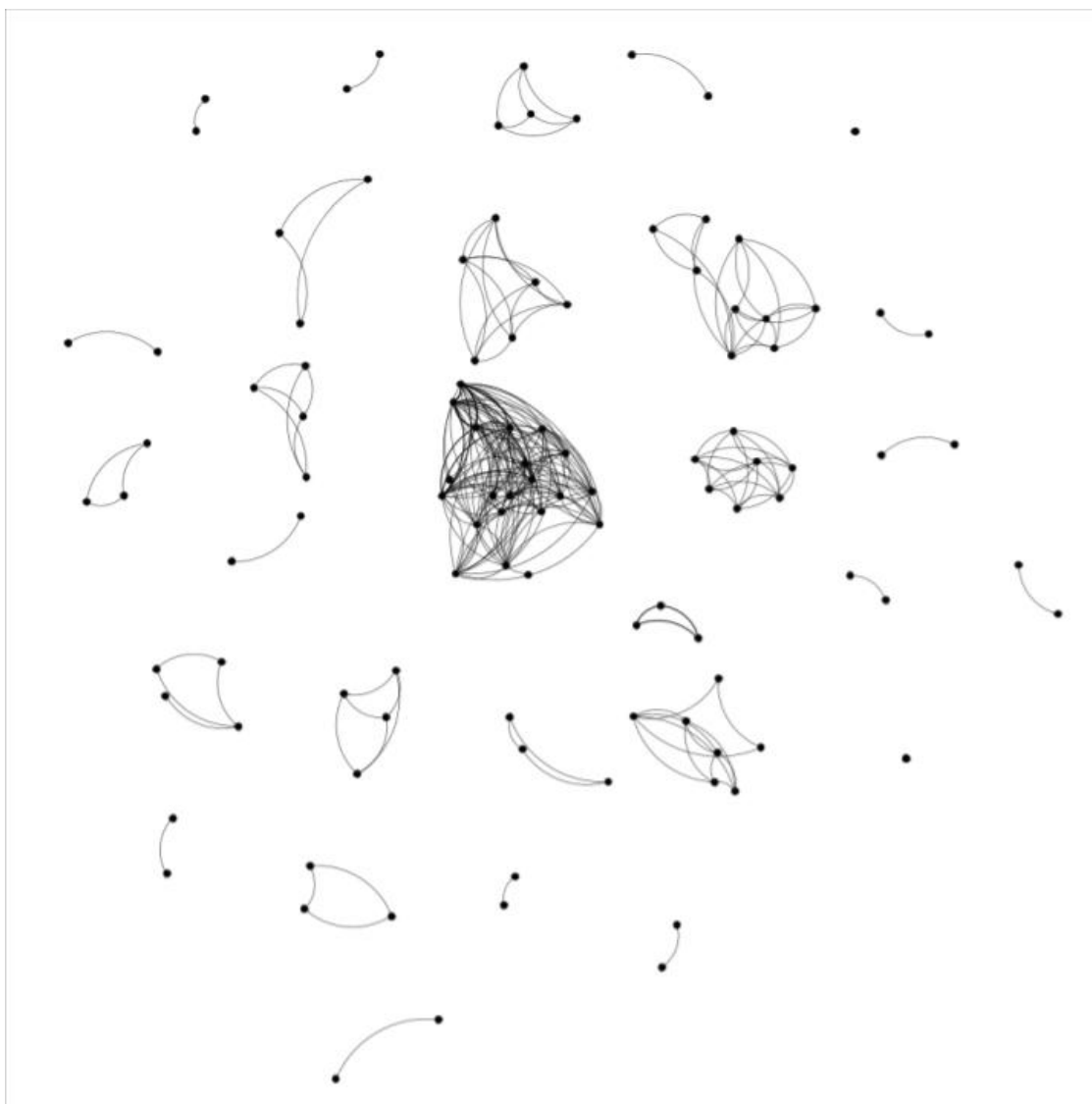
A estos bajos índices de trabajo colaborativo Ó Gráda (2020, p. 9) agrega que, además de no investigar juntos, tampoco se leen entre ellos, o por lo menos no se citan entre sí, pues, por un lado, historiadores y economistas no usan como referencias los textos del otro campo y, por otro lado, la historia económica es poco citada por historiadores y por economistas, pero lo es menos aún entre los primeros (Ó Gráda, 2020, tabla 2, panel B. 11).¹²

La muestra también permite observar el trabajo conjunto por simposios, pues buena parte de los datos provienen de congresos. La gráfica 10 representa esos vínculos, allí se han colocado todos los autores y sus interacciones se refieren a cualquier evento en que estuvieron juntos en la misma mesa. Como se aprecia, hay una serie de pequeños conjuntos. La norma es que los autores en historia digital en la historia económica en América Latina interactúen, por lo menos, en alguna mesa, ya que sólo se dieron un par de casos de investigadores que presentaron sus trabajos en simposios en las que nadie más hacía historia digital y esos autores tampoco encontraron otros colegas en otros lugares que tuvieran prácticas digitales.

Dicho esto, la norma, también, es la pequeña interacción, es decir, aquella en la que se vinculan sólo dos o tres investigadores en alguna mesa. En pocos casos se superan los tres individuos. En cuatro oportunidades se dieron encuentros con cuatro colegas. No existen vínculos con exactamente cinco investigadores. La gráfica 10 también muestra cinco pequeños grupos que vincularon a seis o más investigadores. Como también se puede observar, entre estos grupos no hay vínculo alguno, es decir, no emerge una red amplia de interacciones que conecte esos pequeños grupos.

¹² En la misma perspectiva están los levantamientos de Hamermesh y Seltzer (2018), a la que agregan que cuando existe coautoría se da entre investigadores en diferentes momentos del ciclo de vida, generalmente entre uno experimentado y otros en inicio de carrera.

Gráfica 10. Red de coautores e integrantes de mesas en historia digital en América Latina



Fuente: elaboración propia.

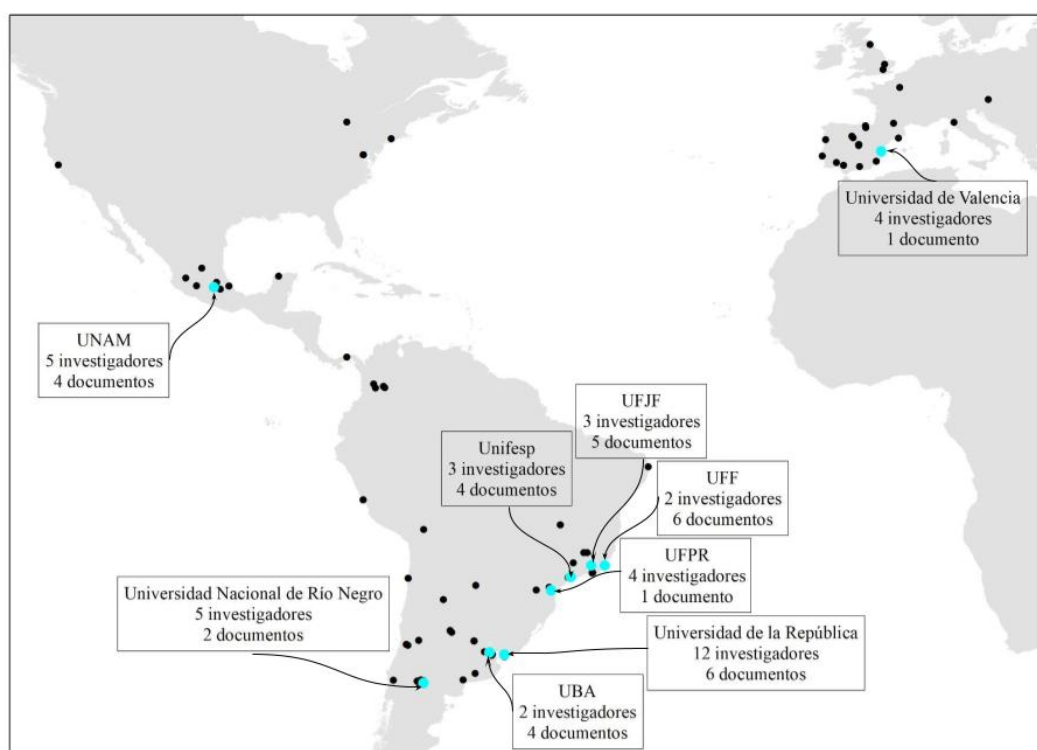
Lo que existe es un conjunto denso con 21 autores que interactuaron entre ellos en varias mesas. Esta es la mayor red de investigadores, pero, como se acaba de comentar, no se vinculan en sus prácticas digitales con otros grupos y, se debe insistir, ellos no investigan juntos, lo que comparten es la presentación en mesas.

Aquí se puede retornar a la imagen del silo propuesta antes, ahora en una perspectiva más precisa. La historia digital en América Latina no se compone de un único grupo, de un único silo, son varios sin comunicación entre sí. Lo más común, no obstante, es que los silos no lleguen ni a

la categoría de grupo, pues sólo son dos o tres personas que eventualmente se encuentran en algún simposio. Incluso, cuando son más de cinco investigadores que interactúan, lo frecuente es que sea en un simposio y no en una investigación conjunta.

Esto nos remite a la localización para responder si: ¿los investigadores se encuentran en los congresos o ya trabajan juntos, como colegas de universidad o institución? La gráfica 11 muestra la ubicación de los investigadores y su afiliación institucional. Salvo un único caso, fue posible identificar el vínculo laboral o académico de los autores en la época en que apareció su texto (artículo, documento o ponencia).

Gráfica 11. Localización de los investigadores de historia digital en América Latina



Fuente: elaboración propia.

Hay investigadores distribuidos por casi todo Occidente, de Europa a California y de Connecticut a la Patagonia. Sin embargo, la inmensa mayoría se localizan en la propia América Latina. Se debe notar que la presencia estadounidense es relativamente baja (cinco investigadores) mientras que la europea es relevante, aunque no mayoritaria (28 autores), con mayor participación de investigadores adscritos a instituciones españolas y portuguesas (21 de los 28 europeos).

En América Latina, los 32 autores con base en Argentina son la mayoría. En orden descendente le siguen, por número de investigadores: Brasil con 24, México con 17, Uruguay y Chile con doce cada uno y Colombia con siete. También hay algunos individuos pertenecientes a instituciones peruanas, bolivianas y panameñas.

Ahora bien, la información se representa por instituciones (véase gráfica 11). La Universidad de la República en Montevideo aglutina doce investigadores, siendo este el mayor caso. Con números menores aparecen, en orden descendente, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) con cinco investigadores, número igual al de la Universidad Nacional de Río Negro en Argentina, y con cuatro autores están la Universidad de Valencia en España y la Universidad Federal del Paraná en Brasil.

También, en el mapa de la gráfica 11 se informan la cantidad de investigaciones que se realizaron en esas universidades. Así, por ejemplo, las Universidades de Valencia y Paraná, que se acaban de mencionar, sólo tiene un único texto con prácticas digitales o, otro ejemplo, Universidad Nacional de Río Negro en Argentina sólo tiene dos documentos. Los números son tan pequeños, por investigadores o por investigación, que es difícil clasificar algún centro como un punto de producción o dinamizador de la historia digital en América Latina. Tal vez, se puede pensar que la Universidad de la República en Uruguay se acerque un poco a la categoría de núcleo de investigación.

No se puede dejar de mencionar que grandes universidades, por el número de profesores y alumnos y con una antigua tradición en la historiografía no aparecen en la historia digital. Por ejemplo, en Brasil ni la Universidad de São Paulo ni la Universidad Federal de Río de Janeiro tienen prácticas digitales en la historia económica. Lo mismo ocurre con el Colegio de México o con la Universidad de Buenos Aires que tiene sólo dos investigadores cada una. Las Universidades Nacionales de Colombia y de San Marcos tampoco tienen investigaciones.

¿Qué clase de silos son estos de la historia digital en América Latina que no son explícitos en un mapa? ¿Cómo se puede explicar que universidades con decenas y decenas de historiadores, sean profesores o estudiantes –de grado o de posgrado– no participen de la historia digital? ¿Cómo la Universidad de São Paulo, la UNAM, la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Federal de Río de Janeiro, la Universidad Federal Fluminense, la Universidad Nacional de Colombia y NSM pueden estar sin ningún investigador o con muy pocos, en un campo tan dinámico como la historia digital?

No existen grupos, núcleos o laboratorios que implementen prácticas digitales en América Latina, todo lo contrario, ocurre en Europa y Estados Unidos, donde los espacios institucionales para el desarrollo digital en historia son frecuentes y pasaron a ser la norma. Se podría contraargumentar que hay algunos espacios, por ejemplo, el grupo de la Universidad de Brasilia¹³ o los trabajos adelantados en el marco de la Red de Investigación Hispanoamericana en los Tiempos Modernos (RHITMO)¹⁴ del Instituto Mora de México u, otro ejemplo, el área de historia digital en el Instituto Ravnani en la Universidad de Buenos Aires.¹⁵ Pero, estos casos son iniciativas más espontáneas que institucionales, con un alcance reducido e intermitente.

¹³ http://lhs.unb.br/atlas/Mapa_Digital

¹⁴ <http://rhitmo.institutomora.edu.mx/>

¹⁵ <https://ravnani.institutos.filo.uba.ar/area-de-historia-digital>

Esta carencia lleva a que los autores que se arriesgan a plantear un balance o proponer un panorama sobre algún elemento de la historia digital tengan que limitarse a algunos casos o a enfatizar en la esperanza que las prácticas digitales lleguen a ser abordadas en el futuro. En otras palabras, en los balances no se pueden mostrar muchas realizaciones concretas, lo que se sustituye por un optimismo. Tres ejemplos son suficientes para mostrar estos énfasis. Antonio Ibarra (2023) publicó un artículo sobre la aplicación del análisis de redes sociales en historia, en la lista de referencias bibliográficas del artículo queda claro que el panorama sobre el tema en América Latina está casi vacío, frente a esa situación, Ibarra postula la *esperanza* que ese panorama cambie.

En la revista *Fronteras de la Historia*, Tatiana González-Lopera (2023) publicó un balance sobre el uso de H-ARS en América Latina con énfasis en el siglo XVIII neogranadino. De forma acertada la autora excluyó o colocó en su debido lugar a las investigaciones que emplean la palabra *red* o la expresión *red social*, pero que de hecho no usaron estas herramientas. Después de esa exclusión es que menciona o comenta las investigaciones que han desarrollado el H-ARS para ese contexto de investigación. En ese balance queda claro que la historia económica ocupa una posición de destaque frente a los otros tipos de Historia, pues las investigaciones mencionadas por González-Lopera tienen la alta calidad que ella les adjudica.

Ahora bien, la mayoría de los autores reseñados por la autora también se encuentran en nuestra muestra, siendo así, el universo poblacional de ese balance está contemplado en este texto. En consecuencia, a pesar de que ella manifieste que su selección no ha sido exhaustiva (González-Lopera, 2023, p. 328), lo más probable es que lo sea y poco o nada quedó por fuera del puñado de trabajos que levantó.

El último ejemplo es el libro de Laguardia, Ribeiro y Schettini (2024) sobre HSIG. En la introducción los organizadores pretenden ser optimistas, para ese efecto informan las promesas por cumplir o el inmenso trabajo por hacer. El reverso de esa moneda significa que los autores confirman que se ha adelantado poco, ya que queda mucho por hacer. Es curioso que después de un cuarto de siglo se subraye lo que se puede hacer y no lo que se ha hecho.

Sin espacios, como núcleos, grupos o laboratorios, sin trabajo en coautorías, sin compartir datos o simposios, sin redes y sin varias otras cosas, será difícil cumplir las promesas. Puede ser que la llegada de más jóvenes a la investigación contribuya a modificar la situación, pues como propone Daniel Alves (2014, p. 7), los nacidos como generación digital puedan promover cambios.

Esto sólo se verificará en algunos años, pero tampoco hay muchas razones para ser optimistas. Por un lado, porque en América Latina esto ya ha ocurrido y continúa ocurriendo. Algunos jóvenes llegaron en su momento a dinamizar las prácticas digitales, esas investigaciones fueron reconocidas como relevantes, incluso ganaron premios. Tres rápidos ejemplos muestran de esa situación. En Brasil, en 2005 Tiago Gil (2007) ganó el premio del Archivo Nacional de su país por su investigación de maestría; en 2018, la Asociación Argentina de Historia Económica concedió el premio por mejor tesis doctoral a Martín Wasserman (2018) y el colombiano James Torres (2021) en 2022 recibió el premio entregado en el CLADHE por mejor investigación de doctorado. Las tres incluyeron prácticas digitales, pero no cambiaron el panorama. Fueron esos antiguos jóvenes, al lado de otros, los que se articularon en pequeños grupos, ellos son –y fueron– los que constituyeron los silos, pero no lograron –o aún no logran– extrapolar ese silo.

Por otro lado, porque nunca fueron, ni son en el presente, muchos los jóvenes interesados en las prácticas digitales. Los casos anteriores fueron excepciones dentro de su generación. La respuesta al porqué los jóvenes no se interesan tiene una parte significativa en la formación que reciben. Para verificar esta hipótesis tomamos de forma aleatoria algunas de las materias de metodología en investigación en las universidades de América Latina

No es el interés aquí discutir las propuestas curriculares de los departamentos ni de los profesores. Es suficiente mencionar que se consultaron los programas de las disciplinas de métodos de investigación (o semejantes) en México, Colombia, Brasil y Argentina. Para cada país fue un curso, tres de ellos ofrecidos en pregrado y uno en posgrado. Ninguno de los cuatro programas hacía alusión a prácticas digitales dentro del contenido programático.

Lo que se encuentra en las materias podría ser nombrado como *conservadurismo metodológico*, es decir, las disciplinas se estructuran como si el mundo digital no existiese, como si aquel salto que comentamos al comienzo, en que los computadores e Internet se instalaron en todos los lugares, no hubiese ocurrido, como si aún la investigación estuviera en las décadas de 1950 o 1960. Se debe resaltar que no se trata de criticar la lectura de los clásicos, se trata de enfatizar la total ausencia de prácticas digitales en esas disciplinas.

Este conservadurismo metodológico en la formación de los jóvenes historiadores se traduce en falta de entrenamiento y comprensión del mundo digital, lo que coloca a los investigadores en condiciones semejantes, o equiparables, a iletrados digitales. Verificar qué quiere decir y hasta dónde llega esta condición de lego digital no es sencillo, pero algunos elementos pueden hacerla palpable y dejar en claro su papel como causa de la situación.

El uso de los repositorios digitales es uno de esos elementos. Ellos hacen parte de las orientaciones generales sobre ciencia abierta (Open Society Institute, 2002; Sociedad Max Planck, 2003; Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura [UNESCO], 2021) y han recibido apoyos de gobiernos y entidades. Por lo tanto, es posible usarlos como lente para aproximarse a las prácticas de los investigadores y, por esa vía, al entrenamiento que tienen en el mundo digital.

En América Latina la cantidad de repositorios y sus datos almacenados ha crecido y se ha ampliado en los últimos años. Esto ha sido consecuencia del vínculo entre ciencia abierta y los análisis de producción y productividad de los investigadores, pues en América Latina una parte mayoritaria de los índices bibliométricos proviene de los repositorios. Esto no quiere decir que sean usados de forma general o sin sesgos.

En 2018 en Brasil se presentó el informe sobre el acceso abierto a datos de investigaciones según la percepción y las prácticas de los investigadores (Vanz et al., 2018). Los resultados fueron generados a partir de cuestionarios a 4 703 investigadores de todas las áreas, 80 % de ellos profesores universitarios. El área de humanidades representó 21 % de los encuestados, porcentaje que se corresponde con la proporción de investigadores dentro del sistema de administración y gestión de la ciencia en Brasil (CNPq). Dentro del área de humanidades, historia representó 12 % de los cuestionarios respondidos.

Dos datos revelados por este informe son contundentes sobre los problemas de formación digital. Por un lado, 44 % de los investigadores en ciencias humanas brasileños no sabe cuánto es el volumen de datos que producen en un año, ni siquiera saben si fue más o menos de 1 GB de información. El mismo informe relata que, por ejemplo, en Australia ese índice llega sólo al 7 % (Vanz et al., 2018, p. 9). Por otro lado, el 85 % de los historiadores afirma no saber, o saber muy poco, sobre cómo se gestionan los datos de su investigación (Vanz et al., 2018, p. 26).

En México el balance sobre los repositorios también es de finales de la década de 2010 (Tenorio et al., 2019). A diferencia del informe brasileño, el mexicano se enfoca más en las instituciones que en los investigadores. Pero, incluso así, se pueden inferir algunos elementos. Según el informe, las instituciones públicas colocan menos recursos e interés en la gestión de sus repositorios que las privadas (Tenorio et al., 2019, p. 7), esto se desdobra en un uso mínimo, pero sobre todo sesgado de los repositorios, pues los investigadores consideran que investigaciones albergadas en ellos son de menor calidad, lo que es un sinsentido en términos de las orientaciones sobre ciencia abierta.

En el caso uruguayo, el repositorio Colibri de la Universidad de la República fue creado en 2014. En 2019 contaba con 2 318 artículos y en 2021 llegó a 3 385 artículos. Entre esos dos años, la cantidad de ítems pasó de 19 604 a 25 970 (Seroubian, 2022). Este incremento sugiere un aumento del uso del repositorio. Sin embargo, los trabajos de final de la graduación (tesis de grado) son la inmensa mayoría de lo albergado, lo que coloca la situación en términos semejantes a los de México.

Una mirada amplia sobre el continente se puede realizar a partir de LA Referencia (Red Latinoamericana de Repositorio de Acceso Abierto) que agrega 11 países de América Latina más España. El balance más reciente sobre su implementación es de 2023 (Matas et al., 2023). En él no se clasifican los ítems, documentos o prácticas por áreas, pero en términos generales se percibe un incremento en el uso de los repositorios. Lo desafortunado es que, pese a este aumento, es casi imperceptible algún avance cuando se trata de conjuntos de datos y de reportes de investigación.

Así, en América Latina los repositorios albergan, sobre todo textos de requisito de grado, sean monográficos o tesis de graduación o posgraduación. Es este el frente que constituye la mayoría y es consecuencia de la obligación que han pasado a tener los estudiantes de entregar sus trabajos a los repositorios. En otras palabras, no se alberga nada o casi nada de datos a ser reusados o de informes de avances de investigación, lo que denota que su uso entre los investigadores establecidos continua bajo, mínimo o sesgado para elementos que se perciben de menor calidad.

Además, como corolario, mientras otras disciplinas han pasado a tener repositorios que les permitan compartir datos y avances de investigación de forma impersonal, lo que genera agilidad y eficiencia, en la historia en América Latina esto no ocurre. Por ejemplo, arqueología cuenta con el repositorio Archaeology Data Service¹⁶ que permite albergar informaciones para garantizar la preservación de los datos y su accesibilidad en el futuro por otros investigadores.

El problema de la falta de formación digital viene de la mano de la financiación de proyectos de investigación con prácticas digitales. En general, los costos de investigación digital en historia han ido disminuyendo en los últimos 25 años, tanto porque los equipos (computadores, escáneres, plóteres, programas y otros) han caído de precio como porque su capacidad se ha elevado reduciendo la necesidad de infraestructura grande y compleja. Sin embargo, los costos de instrucción y entrenamiento de los investigadores probablemente se han incrementado, pues se requiere más tiempo de capacitación, ya que los individuos no están familiarizados con programas más allá del uso de apps de celular.

Con toda probabilidad este problema del tiempo de instrucción en los actuales modelos de financiamiento es un serio obstáculo para el desarrollo de la historia digital. En América Latina, en general, la financiación proviene de agencias estatales que patrocinan proyectos por pequeños periodos de tiempo, por lo común oscilan entre uno y cinco años, pero con un promedio de dos años. Por lo tanto, es frecuente tener que realizar el proyecto en cuatro semestres. Esto implica

¹⁶ <https://archaeologydataservice.ac.uk/>

instruir a los investigadores durante algunas semanas o un par de meses en el uso de herramientas digitales. Como se ha comentado, estos investigadores no tienen conocimiento previo (sean estudiantes de grado, posgrado o investigadores establecidos) que facilite esa instrucción. El obstáculo aparece cuando esos individuos no renuevan su participación en la investigación al cabo de algún semestre, lo que implica una nueva fase de instrucción. A lo que se suma que cada nuevo proyecto de investigación debe entrenar a sus integrantes.

Este cortoplacismo en la financiación es sin duda un desestímulo a la presentación de nuevos proyectos de investigación en historia digital, pero, para aquellos que se arriesgan a colocar propuestas a ser evaluadas aparece un nuevo obstáculo. En América Latina, las agencias de financiación usan sistemas de pares para evaluar y decidir cuáles investigaciones deben recibir auspicios. En las últimas décadas este sistema se ha ido complejizando con el objetivo de darle más transparencia y eficiencia.

No es pertinente discutir hasta dónde este mecanismo es optimizador en la asignación de recursos. Lo importante es mencionar que es un sistema endogámico en que investigadores establecidos distribuyen recursos. En principio, esta distribución debería ocurrir de forma impersonal y no debería alimentar redes propias de promoción, pero, incluso si esto se cumpliera, es claro que el mecanismo de investigadores establecidos distribuyendo recursos genera endogamia y, en última instancia, un conservadurismo (que fue verificado en las páginas anteriores) en los trabajos a financiar, pues los destinos de los recursos serán aquellos que el establecimiento considere próximos o semejantes a sí mismo. Lo que indica que propuestas innovadoras, (innovación sólo en términos tecnológicos, no de objetos de estudios ni de fuentes o cosas por el estilo) son desestimadas.

En términos empíricos verificar esa hipótesis es difícil, pues las agencias de investigación no desagregan los informes de proyectos financiados hasta llegar a clasificarlos por métodos u objetos de investigación ni revelan los mecanismos exactos por los que fue asignado un patrocinio. La transparencia no es clara en la administración en América Latina. Como las agencias estatales apoyan en todas las áreas, lo común son informes que desagregan hasta el área de historia.¹⁷ Además, para los proyectos no aprobados es frecuente que no se divulgue ni temas, ni métodos¹⁸ ni los investigadores¹⁹ por considerar que es información reservada.

En el caso que se publiquen los proyectos que reciben financiamiento, esto significa divulgar todo el documento que fue aprobado o, más común, su resumen.²⁰ Con esta información es imposible establecer si se trata, o no, de un trabajo con prácticas digitales, pues, puede que lo sea y no se deje por explícito, o que no lo sea y que se haga mención de esas prácticas, tal y como ocurre con las ponencias, artículos y textos en general y que se explicó unas páginas atrás cuando se comentaron los problemas en la selección de la muestra.

En síntesis, aunque no se disponga de datos empíricos, la hipótesis por una propensión al conservadurismo metodológico en el financiamiento es plausible, pues se deriva del control que tienen las figuras establecidas y sin formación digital o tecnológica. Esto genera que el panorama actual de la historia digital en América Latina sea de pequeños silos que, incluso siendo reconocidos, pues sus prácticas generan investigaciones legítimas (a las que se les han entregado premios) esto no significa que sean promovidas.

¹⁷ Por ejemplo, Argentina, véase <https://cifras.conicet.gov.ar/publica/detalle-tags/24>

¹⁸ Por ejemplo, México, véase <https://www.siiicyt.gob.mx/index.php/estadisticas/buscadores>

¹⁹ <https://www.siiicyt.gob.mx/siiicyt/buscador/investigadores/inicio.do?esquema=RETO>

²⁰ Por ejemplo, Brasil, véase <https://memoria.cnpq.br/projetos-pesquisa>

Este conservadurismo y falta de formación digital también llega hasta los archivos y la administración de los documentos. En muchos casos, los procesos de digitalización y consulta en línea de las fuentes han sido financiados y desarrollados por instituciones fuera de América Latina, no por los propios archivos y bibliotecas del continente. Además, no son raras las dificultades que enfrentan los investigadores para consultar materiales digitales o para intentar digitalizar documentos.

En síntesis, la historia digital enfrenta serios obstáculos porque en las disciplinas o cursos dentro de la formación de grado o de posgrado no se abordan elementos tecnológicos. Esto reitera y transfiere la falta de entrenamiento digital que tienen los historiadores establecidos a los jóvenes investigadores. Esta reiteración y transferencia no se piensa como un obstáculo ni existe propensión para ser superada, pues la mayoría de la comunidad es legía digital y no percibe eso como un problema, ya que el financiamiento, el trabajo de archivo y las actividades docentes no son impactadas por esa falta de habilidad y conocimiento.

Estos factores, falta de interés, iletrados digitales y sesgo en la financiación se retroalimentan, incluso por los factores institucionales, tales como los horizontes de corto plazo que no contribuyen a la formación de investigadores con instrucción tecnológica o como los mecanismos de distribución de recursos que generan sesgos contra la innovación.

CONCLUSIONES

Este texto tiene por objetivos presentar un panorama de la historia digital en la historia económica en América Latina y proponer una hipótesis de explicación de ese panorama. Para lograrlo se construyó una muestra con 4 160 textos publicados entre los años 2000 y 2023 entre la revista de *América Latina en la historia económica*, los congresos y encuentros de la Asociación Brasileña de Pesquisadores en historia económica y en HDRio, los congresos latinoamericanos de historia económica (CLADHE) y de los documentos referenciados en Ideas/ RePEc. Entre todos estos, 113 se clasificaron como de historia digital.

La historia digital fue entendida como un conjunto de prácticas que incluyen herramientas tecnológicas, pero no fue definido ni como una corriente o escuela historiográfica o como un marco conceptual o ideológico. Esto quiere decir que se asume como un conjunto flexible y abierto.

En términos de participación relativa, la historia digital es una minoría que representa del 2 al 6 % de la historia económica en el continente. Siendo explícito, se trata de un grupo reducido de investigaciones que llegó a su máximo entre 2014 y 2016 (o 2018) pero nunca fue mayor que un puñado de trabajos. Luego de esos años se ha mantenido, pero con cantidades pequeñas de realizaciones.

Los periodos de investigación abordados comienzan, cronológicamente, con un desinterés total (cero investigaciones) por las épocas prehispánicas y lentamente este interés se incrementa hasta llegar al siglo xx con 34 (o 39, depende como se cuantifiquen) trabajos. Los temas que dominan son, en orden descendente: historia agraria, historia del comercio, historia urbana e historia empresarial. sin ningún interés se encuentran: historia militar, historia de la religión y la disponibilidad o construcción de webs, grafos o *shapefiles*.

La falta de interés en este último tema deja patente un conservadurismo en la historiografía del continente, pues que los investigadores no tengan interés en divulgar o que no se les permita divulgar trabajos de este tipo muestra que se asume que webs, grafos o *shapefiles* no son objetos válidos y legítimos de ser desarrollados o divulgados.

Lo mismo ocurre con algunos frentes específicos de la historia digital, pues historia pública, *big data*, acervos digitales y programación son asuntos mínimos en América Latina. Pero, aún más revelador, fue encontrar que la práctica de construir y compartir bases de datos no alcanza ni 5 % de la historia digital (si se toma el porcentaje sobre todos los trabajos, no sólo los de historia digital, el porcentaje cae a 0.1 %, tal vez este indicador sea más preciso aún), esto es, como se ha comentado, en América Latina no se comparten los datos. Se debe aclarar que es posible que ese porcentaje sea un poco mayor, pues pueden existir investigaciones que usaron o construyeron bases de datos abiertas, pero no dejaron constancia de tal hecho en la redacción y citaciones. No obstante, esto resulta aún más conservador, pues ¿por qué no se puede dejar explícito en las citaciones esa construcción o empleo?

Como los frentes anteriores son mínimos (historia pública, *big data*, acervos digitales, programación y bases de datos abiertas), la historia digital está compuesta mayoritariamente por H-ARS y por H-SIG, aunque, por cada investigación de los primeros hay tres de los segundos, esto quiere decir que H-SIG es hegemónico en América Latina, así que sus tendencias definen las tendencias en historia digital.

Casi la mitad de los investigadores trabajan en solitario (40 %) y otro tercio (30 %) investigan con un único colega, por lo tanto, 70 % de la investigación se hace por un sólo individuo o por dos investigadores. Además, el máximo de autores en un único texto sólo llega a cinco investigadores. Únicamente hay tres redes de trabajo conjunto, aunque no sea en la misma investigación, una tiene cinco individuos y las otras dos tienen siete y ocho individuos respectivamente. El dominio del trabajo solitario o en pequeñísimas redes explica, en parte, las limitaciones en el alcance de la historia digital en América Latina.

La falta de interacción también aparece al observar las mesas de trabajo en los congresos, allí la mayor red está compuesta por tan sólo 21 investigadores. A su lado (literalmente al lado, pues no hay vínculo entre ellos) existen algunas pequeñas redes con entre seis y nueve individuos. Pero, lo común es que en los simposios se encuentren de dos a cuatro personas, esta es una cantidad baja, pues se refiere sólo a compartir la mesa de discusiones, por lo tanto, no se comparten las mesas en los congresos.

La mayoría de los investigadores se encuentran en la propia América Latina, aunque hay algunos pocos en Estados Unidos y algunos más en Europa, sobre todo en Portugal y España. Esta mayor participación de individuos en Latinoamérica muestra una autonomía frente a europeos y sobre todo frente a los estadounidenses. Específicamente los principales países son: Argentina que alberga a 32 autores, Brasil a 24, México a 17, y Uruguay y Chile, cada uno con doce autores.

En términos de instituciones, la Universidad de la República aglutina doce investigadores, la UNAM tiene cinco investigadores, igual que la Universidad Nacional de Río Negro (Argentina) y con cuatro individuos están la Universidad de Valencia (España) y la Universidad Federal del Paraná (Brasil). Pero, en ninguno de estos casos se trata de investigaciones que agreguen autores al punto de convertirse en un espacio dinamizador de la historia digital. No se puede dejar de enfatizar que universidades grandes (por número de estudiantes y profesores) y con larga tradición como la Universidad de São Paulo, la Universidad Federal de Río de Janeiro, el Colegio de México, la Universidad de Buenos Aires o las Universidades Nacionales de Colombia y de San Marcos e incluso la misma UNAM no tienen o tienen un número mínimo de investigaciones en historia económica con elementos digitales, al parecer, no hay espacios institucionales para el desarrollo digital en historia.

Después de casi un cuarto de siglo, el panorama no es abundante ni acogedor. Como se comentó, el avance de la tecnología no ha sido lineal y ha enfrentado una serie de reticencias. ¿Qué explica ese panorama? Lo explica una mezcla de: falta de interés, de formación digital y formato de la financiación, estos tres elementos se pueden resumir en un conservadurismo metodológico, pues predomina la percepción que la historia digital es una moda.

¿Cómo se verifica esa hipótesis? Primero, en la estructura curricular y contenidos de los cursos en graduación y posgraduación en los que prevalecen formas de hacer historia en los moldes de mediados del siglo xx. Segundo, a través de los indicadores de uso y percepción de los repositorios institucionales, pues a través de ellos es posible observar hasta qué punto llega la falta de entrenamiento y formación digital. Tercero, mediante los mecanismos de financiación de la investigación, en que se privilegia el corto plazo y el control de la asignación por agentes como poca o ninguna instrucción digital.

Esta combinación de elementos no presenta una tendencia a cambiar o ser sustituida por otros factores, lo que lleva a pensar que la situación de la historia digital en América Latina no se transformará en el corto plazo. Sin embargo, como se comentó al comienzo del texto, el derrotero de esta historia no ha sido lineal y lo que puede parecer un avance continuo de la incorporación de la tecnología entre los historiadores es, de hecho, por ahora, la historia de la reticencia y rechazo a esa tecnología, pero, precisamente por no ser un movimiento lineal, es posible que el panorama se modifique radicalmente en los próximos años.

Con seguridad, este cambio no vendrá de la expansión de los pequeños grupos o del fin de los silos, si ocurre, probablemente será por el incremento en la participación de autores de instituciones europeas (ni españolas ni portuguesas) y, sobre todo, estadounidense, lo que generará una tendencia de imitación entre los historiadores establecidos. Este proceso de imitación por los establecidos es conocido en América Latina, no será nada nuevo. Sin embargo, este cambio emergerá si los beneficios de la imitación llegan a ser mayores que los costos del aprendizaje y formación digital, lo que por su parte dependerá que esos costos se reduzcan drásticamente, pues es difícil imaginar que los historiadores establecidos y jóvenes se esfuercen en capacitarse, en otras palabras, la transformación vendrá si los historiadores en Europa y sobre todo en Estados Unidos que se interesan por América Latina ponen de moda el rótulo, sólo el rótulo de historia digital.

LISTA DE REFERENCIAS

- Aidar, B. (2019). O Conselho Ultramarino e a arrematação dos contratos da América portuguesa: o caso da capitania de São Paulo, 1723-1760. *América Latina en la Historia Económica*, 26(1), 1-23. <https://doi.org/10.18232/alhe.944>
- Alves, D. (2014). Guest editor's introduction: Digital methods and tools for historical research. *International Journal of Humanities and Arts Computing*, 8(1), 1-12. <https://doi.org/10.3366/ijhac.2014.0114>
- Alves, D. (2016). As Humanidades Digitais como uma comunidade de práticas dentro do formalismo académico: dos exemplos internacionais ao caso português. *Ler História*, 69, 91-103. <https://doi.org/10.4000/lerhistoria.2496>
- Alves, D. y Queiroz, A. I. (2015). Exploring literary landscapes: From texts to spatiotemporal analysis through collaborative work and GIS. *International Journal of Humanities and Arts Computing*, 9(1), 57-73. <https://doi.org/10.3366/ijhac.2015.0138>

- Arnold, M., Berner, K., Gietz, P., Schultes, K. y Wenzlhuemer, R. (2009). GeoTwain: Geospatial analysis and visualization for researchers of transculturality. *2009 5th IEEE International Conference on E-Science Workshops*, 175-179. <https://doi.org/10.1109/ESCIW.2009.5407969>
- Bastian, M., Heymann, S. y Jacomy, M. (2009). Gephi: An open source software for exploring and manipulating networks. *Proceedings of the International AAAI Conference on Web and Social Media*, 3(1), 361-362. <https://doi.org/10.1609/icwsm.v3i1.13937>
- Baten, J. y Muschallik, J. (2010). On the status and the future of economic history in the world. *IEH Aeconhist*, 1-32. <http://www.uoguelph.ca/~cneh/resources.html>
- Bátiz-Lazo, B. y González-Correa, I. (2022). Start-ups, gender disparities, and the fintech revolution in Latin America. En O. J. Montiel Méndez y A. Alvarado (eds.), *The emerald handbook of entrepreneurship in Latin America* (pp. 221-242). Emerald Publishing Limited. <https://doi.org/10.1108/978-1-80071-955-220221014>
- Beach, B. y Hanlon, W. W. (2023). Historical newspaper data: A researcher's guide. *Explorations in Economic History*, 90, 101541. <https://doi.org/10.1016/j.eeh.2023.101541>
- Bodenhamer, D. J., Corrigan, J. y Harris, T. M. (eds.). (2010). *The spatial humanities: GIS and the future of humanities scholarship*. Indiana University Press.
- Butts, C. T. (2009). Revisiting the foundations of network analysis. *Science*, 325(5939), 414-416. <https://doi.org/10.1126/science.1171022>
- Carlson, J., Bryan, T. y Dell, M. (2023). *Efficient ocr for building a diverse Digital History*. arXiv. <https://doi.org/10.48550/ARXIV.2304.02737>
- Carrara, A. A., Valencia, C. E. y Grava, M. (2018). Metafuente y el uso de los sistemas de información geográfica en historia económica. *América Latina en la Historia Económica*, 25(3), 40-70. <https://doi.org/10.18232/alhe.906>
- Diebolt, C. y Hauptert, M. (2018). We are ninjas: How Economic History has infiltrated Economics. *BETA Bureau d'économie théorique et appliquée*. Association Française de Cliométrie. <https://www.beta-economics.fr/working-papers/2018-25/>
- Eloranta, J., Ojala, J. y Valtonen, H. (2010). Quantitative methods in business history: An impossible equation? *Management & Organizational History*, 5(1), 79-107. <https://doi.org/10.1177/1744935909353837>
- Etxabe, I. y Valdaliso, J. M. (2025). Social network analysis: Not merely a visualisation tool? Insights from the study of business networks and groups in Biscay, 1879-1913. *Revista de Historia Industrial. Industrial History Review*, 34(93), 69-98. <https://doi.org/10.1344/rhihr.43554>
- Fernández-de-Pinedo, N., La Parra-Perez, A. y Muñoz, F. (2023). Recent trends in publications of economic historians in Europe and North America (1980-2019): an empirical analysis. *Cliometrica*, 17(1), 1-22. <https://doi.org/10.1007/s11698-022-00245-w>
- Gil, T. L. (2007). *Infiéis transgressores: elites e contrabandistas nas fronteiras do Rio Grande e do Rio Pardo (1760-1810)*. Arquivo Nacional.
- González-Lopera, T. (2023). El enfoque relacional y el análisis de redes sociales en los estudios históricos y en la historiografía colonial. El caso del Nuevo Reino de Granada. *Fronteras de la Historia*, 28(2), 310-340. <https://doi.org/10.22380/20274688.2371>
- Graham, S., Milligan, I. y Weingart, S. (2016). *Exploring big historical data: The historian's microscope*. World Scientific.
- Grava, M. (2016). *Imágenes estúpidas versus imágenes inteligentes. Empleo de WebGIS y Cloud Service por la publicación de geo-datos*. 9.

- Greasley, D. y Oxley, L. (2010). Clio and the economist: making historians count. *Journal of Economic Surveys*, 24(5), 755-774. <https://doi.org/10.1111/j.1467-6419.2010.00649.x>
- Gregory, I. N. (2002). *A place in history: a guide to using GIS in historical research*. History Data Service. <http://hds.essex.ac.uk/g2gp/gis/sect34.asp>
- Gregory, I. N. (2010). Exploiting time and space: A challenge for GIS in the digital humanities. En D. J. Bodenhamer (ed.), *The Spatial Humanities: GIS and the Future of Humanities Scholarship* (pp. 58-75). Indiana University Press.
- Gregory, I. N. y Geddes, A. (eds.). (2014). *Toward spatial humanities: Historical GIS and spatial history*. Indiana University Press.
- Gregory, I. N. y Healey, R. G. (2007). Historical GIS: Structuring, mapping and analysing geographies of the past. *Progress in Human Geography*, 31(5), 638-653. <https://doi.org/10.1177/0309132507081495>
- Halstead, H. (2022). Every day public history. *History*, 107(375), 235-248. <https://doi.org/10.1111/1468-229X.13260>
- Ibarra, A. (2023). Economic data and social network. Reflections on the theory of networks applied to historical analysis on a regional scale: The colonial markets of Nueva España. *New Techno Humanities*, 3(1), 15-22. <https://doi.org/10.1016/j.techum.2023.06.003>
- Laguardia, R., Oliveira, M. R. de y Schettini, V. (eds.). (2024). *SIG: Histórico em perspectiva*. Universidade Federal de Juiz de Fora. <https://www2.ufjf.br/cliodel/2024/03/19/sig-historico-em-perspectiva/>
- Laite, J. (2020). The Emmet's inch: Small history in a digital age. *Journal of Social History*, 53(4), 963-989. <https://doi.org/10.1093/jsh/shy118>
- Margo, R. A. (2018). The integration of economic history into economics. *Cliometrica*, 12(3), 377-406. <https://doi.org/10.1007/s11698-018-0170-8>
- Marsden, P. V. y Hollstein, B. (2023). Advances and innovations in methods for collecting egocentric network data. *Social Science Research*, 109, 102816. <https://doi.org/10.1016/j.ssresearch.2022.102816>
- Matas, L. J., Mora, A., Barrere, R. M. y Cetrangolo, F. (2023). *Desafíos de los repositorios institucionales como fuente de indicadores para monitoreo de las políticas de la ciencia abierta y evaluación de la investigación*. <http://hdl.handle.net/11056/26984>
- Molina, J. L. (2001). *El análisis de redes sociales: una introducción*. Edicions Bellaterra.
- Morgan, D. L., Neal, M. B. y Carder, P. (1997). The stability of core and peripheral networks over time. *Social Networks*, 19(1), 9-25. [https://doi.org/10.1016/S0378-8733\(96\)00288-2](https://doi.org/10.1016/S0378-8733(96)00288-2)
- Ó Gráda, C. (2020). Economic History: 'An isthmus joining two great continents'? *Working Papers*, 1-53. <https://ideas.repec.org/p/ucn/wpaper/202001.html>
- Open Society Institute (2002). *Read the Declaration*. Budapest Open Access Initiative. <https://www.budapestopenaccessinitiative.org/read/>
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura [UNESCO] (2021). *Recomendación de la UNESCO sobre la Ciencia Abierta*. Naciones Unidas. <https://doi.org/10.54677/YDOG4702>
- Owens, J. B. (2007). Toward a Geographically-integrated, connected world History: employing geographic information systems (GIS). *History Compass*, 5(6), 2014-2040. <https://doi.org/10.1111/j.1478-0542.2007.00476.x>

- Raeburn, F., Baer-Tsarfaty, L. y Porter, V. (2022). Out of the ivory tower, into the digital world? Democratising scholarly exchange. *History*, 107(375), 287-301. <https://doi.org/10.1111/1468-229X.13259>
- Romein, C. A., Doak, L., Parker, H. y Weston, J. (2022). History in public: Power and process, harm and help. *History*, 107(375), 211-234. <https://doi.org/10.1111/1468-229X.13273>
- Romein, C. A., Kemman, M., Birkholz, J. M., Baker, J., De Gruijter, M., Meroño-Peñuela, A., Ries, T., Ros, R. y Scagliola, S. (2020). State of the field: Digital History. *History*, 105(365), 291-312. <https://doi.org/10.1111/1468-229X.12969>
- Rosenzweig, R. (2003). Scarcity or abundance? Preserving the past in a digital era. *The American Historical Review*, 108(3), 735-762. <https://doi.org/10.1086/ahr/108.3.735>
- Seltzer, A. J. y Hamermesh, D. S. (2018). Co-authorship in economic history and economics: Are we any different? *Explorations in Economic History*, 69, 102-109. <https://doi.org/10.1016/j.eeh.2018.04.001>
- Seminario, B. y Palomino, L. (2022). *Estimación del PIB a nivel subnacional utilizando datos satelitales de luminosidad: Perú, 1993-2018* [Documentos de Investigación]. Universidad del Pacífico. <https://repositorio.up.edu.pe/handle/11854/3422>
- Seroubian, M. (2022). Acceso abierto y ciencia abierta. Experiencia desde la gestión del repositorio institucional COLIBRI de la Universidad de la República. *Informatio*, 27(1). <https://doi.org/10.35643/Info.27.1.6>
- Sociedad Max Planck (2003). *Berlin declaration*. <https://openaccess.mpg.de/Berlin-Declaration>
- Southall, H., Von Lunen, A. y Aucott, P. (2009). On the organisation of geographical knowledge: Data models for gazetteers and historical GIS. 2009 5th IEEE International Conference on E-Science Workshops, 162-166. <https://doi.org/10.1109/ESCIW.2009.5407970>
- Studnicki-Gizbert, D. (2001). *Capital's Commonwealth: The World of Portugal's Atlantic Merchants and the Struggle over the Nature of Commerce in the Spanish Empire, 1492-1640* [Tesis de doctorado]. University of Yale.
- Tenorio, G., Martínez, M. y Soberanes, A. (2019). Repositorios de acceso abierto en las instituciones de educación superior en México: una revisión inicial mediante la metodología SCOT. *Información, cultura y sociedad*, 40, 117-130. <https://doi.org/10.34096/ics.i40.5317>
- Torres, J. (2021). *Comercio en un mundo cambiante: Flujos de oro, plata y mercancías en el norte de los Andes 1780-1840* [Tesis de doctorado]. Georgetown University.
- Valencia, C. E. (2017). Precisión y exactitud en los Sistemas de Información Geográfica (SIG) en las investigaciones históricas. En *O retorno dos mapas. Sistemas de informação geográfica em história* (pp. 223-256). Ladeira Livros.
- Vitto, C. G. de (2019). History Without Scale: The Micro-Spatial Perspective. *Past & Present*, 242(Suplemento 14), 348-372. <https://doi.org/10.1093/pastj/gtz048>
- Wasserman, M. (2018). *Las obligaciones fundamentales: crédito y consolidación económica durante el surgimiento de Buenos Aires*. Prometeo Libros.
- Waters, N. (2017). GIS: History. En D. Richardson, N. Castree, M. F. Goodchild, A. Kobayashi, W. Liu y R. A. Marston (eds.), *International Encyclopedia of Geography* (pp. 1-12). Wiley. <https://doi.org/10.1002/9781118786352.wbieg0841>
- Wevers, M., Vriend, N. y De Bruin, A. (2022). What to do with 2.000.000 Historical Press photos? The challenges and opportunities of applying a scene detection algorithm to a digitised press photo collection. *TMG Journal for Media History*, 25(1), 1. <https://doi.org/10.18146/tmg.815>